



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales

Grado en Traducción e Interpretación

Trabajo Fin de Grado

Entre la traducción y la creación. El reto de los falsos amigos en una novela intimista brasileña

Estudiante: Ana de Felipe

Directora: Prof. Rejane Queiroz Gonçalves

Madrid, mayo de 2024

A mis profesoras de portugués, Rejane y Simone, por mostrarme una nueva forma de entender la vida y el mundo; a mis compañeras de carrera, Beda y Lorena, por hacerme sentir desde el primer momento como en casa; y a mi madre, por ser mi faro cuando me siento perdida.

RESUMEN

Encontrándonos en un mundo por el que las personas vagamos sin pararnos ni un segundo a pensar en cómo nos sentimos o por qué, resultaría realmente enriquecedora la lectura de literatura intimista, un género que nos ayuda a explorar nuestro mundo interior, a crecer y a sanar. Con su novela, *O tigre na sombra*, Lya Luft nos enseña la importancia de hacer aquello que nos hace felices y no lo que creemos que es lo «correcto» o lo que se espera de nosotros. Con la traducción de dos capítulos de esa obra y su análisis, el presente trabajo busca hacer una reflexión sobre el proceso de traducción de la literatura intimista, sus desafíos y dificultades, específicamente entre dos lenguas muy similares como son el español y portugués.

Palabras clave: Análisis traductológico, literatura intimista, *O tigre na sombra*.

RESUMO

Encontrando-nos em um mundo pelo qual as pessoas vagam sem parar nem por um segundo para pensar em como se sentem ou por quê, seria realmente enriquecedor ler literatura intimista, um gênero que nos ajuda a explorar nosso mundo interior, a crescer e a curar. Com seu romance, *O tigre na sombra*, Lya Luft nos ensina a importância de fazer aquilo que nos faz felizes e não o que acreditamos ser o “certo” ou o que se espera de nós. Com a tradução de dois capítulos desta obra e sua análise, o presente trabalho busca fazer uma reflexão sobre o processo de tradução da literatura intimista, seus desafios e dificuldades, especificamente entre duas línguas muito parecidas como são o espanhol e o português.

Palavras-chave: Análise tradutológica, literatura intimista, *O tigre na sombra*.

ABSTRACT

Finding ourselves in a world where people wander without stopping for a second to think about how we feel or why, reading introspective literature would be truly enriching. This

genre helps us explore our inner world, grow, and heal. With her novel, *O tigre na sombra*, Lya Luft teaches us the importance of doing what makes us happy and not what we believe is "right" or what is expected of us. By translating and analyzing two chapters of this work, the present paper seeks to reflect on the process of translating introspective literature, its challenges, and difficulties, specifically between two very similar languages, Spanish and Portuguese.

Keywords: Translation analysis, intimate literature, *O tigre na sombra*.

1. Introducción.....	6
1.1. Justificación y motivos	6
1.2. Finalidad.....	6
1.3. Estructura.....	7
2. Estado de la cuestión y marco teórico.....	9
2.1. La presencia en España de traducciones de obras literarias escritas en portugués	9
2.2. La traducción de la novela intimista	11
2.3. Desafíos de la traducción portugués-español: falsos amigos.....	13
2.4. Estrategias de traducción.....	18
2.4.1. Transposición, modulación, equivalencia y adaptación - Vinay y Darbelnet	18
2.4.2. Equivalencia formal y equivalencia dinámica - Eugene Nida	20
3. Caso práctico. Análisis lingüístico y traducción de un fragmento de una obra literaria: <i>O tigre na sombra</i> , de Lya Luft.....	22
3.1. Lya Luft	22
3.2. <i>O tigre na sombra</i>	22
3.3. Análisis lingüístico del fragmento: « <i>Espelhos que observam</i> » y « <i>O tigre espera</i> »	23
3.3.1. Casos de falsos amigos con ejemplos extraídos de las traducciones de los capítulos y estrategias de traducción	24
3.3.2. Diferencia en la traducción de nombres propios según el enfoque de equivalencia formal y equivalencia dinámica.....	32
4. Conclusiones.....	36
5. Bibliografía.....	38

6. Anexos.....	39
6.1. Capítulo de la obra original (PT) – <i>Espelhos que observam</i>	39
6.2. Traducción del capítulo seleccionado (ES) – Espejos que observan.....	49
6.3. Capítulo de la obra original (PT) – <i>O tigre espera</i>	59
6.4. Traducción del capítulo seleccionado (ES) – El tigre espera.....	78

1. Introducción

1.1. Justificación y motivos

Después de cinco años estudiando portugués, con dos maravillosas profesoras, me enamoré del idioma y de la cultura brasileña.

Como trabajo final de la carrera de Traducción e Interpretación es común realizar una propuesta de traducción y, tras haber observado que la literatura brasileña no está muy presente en España, quise enfocar mi trabajo en esa dirección.

Decidí hacerlo sobre *O tigre na sombra*, de Lya Luft, una obra que me fue presentada por una de mis profesoras de portugués y directora de este trabajo, Rejane Queiroz. Siempre me ha encantado la poesía. Me fascina cómo a partir de un mismo texto surgen distintas interpretaciones y diferentes modos de sentir la escritura.

Cuando leí esta novela, deseé que todo el mundo pudiera leerla. Sin embargo, no pude recomendársela a ninguno de mis seres queridos, ya que ninguno habla portugués. Ahí fue cuando pensé: «¿Cuántas grandes obras brasileñas nos estaremos perdiendo en España porque no tienen una traducción al español?».

Este tipo de escritura intimista que podemos apreciar en la obra, que navega profundamente a través de las emociones de sus personajes y que «desnuda» su interior, no es tan frecuente. Me parece que es un género poco explorado en general y España no es una excepción. En mi opinión, la literatura intimista tiene el poder de cautivar, de ahí mi predilección hacia ella.

1.2. Finalidad

Siempre he pensado que aquellas cosas sobre las que no hablamos ni escribimos no existen y, si deseo que la literatura brasileña tenga mayor representación en España, ¿qué mejor forma que dándole visibilidad a través de mi TFG, aportando así mi granito de arena?

Espero que este trabajo permita acercar las dos culturas y que de voz a un género literario tan interesante y a la vez menos explorado como es el del intimismo.

Creo que este tipo de géneros, poesía o narrativa intimista, que hacen tanto hincapié en la introspección de uno mismo son muy beneficiosos para el equilibrio emocional, algo que cada vez está siendo más necesario en la sociedad en la que vivimos. Una sociedad en la que vamos en piloto automático y hemos dejado de analizar cómo nos sentimos y por qué.

1.3. Estructura

El trabajo está dividido en cuatro apartados: la introducción, el marco teórico, el caso práctico y las conclusiones.

En la introducción trato de explicar por qué es tan importante para mí este trabajo y qué creo que puede aportar a la sociedad.

A lo largo del marco teórico trataré de exponer qué presencia tienen actualmente en España las obras de literatura en portugués, teniendo en cuenta a todos los países en los que el portugués es la lengua oficial, pero centrándome en mi querido Brasil. También hablaré sobre la literatura intimista, un género menos visitado, y de sus correspondientes dificultades de traducción. Continuaré con los tipos de falsos amigos que podemos encontrar entre dos lenguas tan cercanas como son el portugués y el español y, finalmente, terminaré el marco teórico comentando las estrategias de traducción que he aprendido a lo largo de la carrera.

Para el enfoque del caso práctico he traducido dos capítulos de la novela: «*Espelhos que observam*» y «*O tigre espera*». Estos capítulos son el primero y el último de la obra, respectivamente.

El primero lo he elegido porque es en el que se presentan todos los personajes y lugares que nos van a acompañar a lo largo de la historia y consideraré oportuno hacer esas traducciones iniciales para dejar establecido desde el principio cómo se iban a mantener o, por el contrario, cómo iban a variar todos esos términos tan importantes, como, por ejemplo, los nombres de los personajes.

Escogí también el último capítulo porque es el que está más cargado de subjetividad y emociones. Al ser el capítulo en el que Dôda, la protagonista, narra todo su dolor tras haberse enterado de que su marido le es infiel con su hermana Dalia. Es donde podemos ver una mayor expresión poética por parte de la autora; una cuestión muy interesante para la traducción y para la búsqueda de matices equivalentes entre el portugués y el español.

Para llevar a cabo el análisis de traducción propio de este apartado, recojo los diferentes tipos de falsos amigos expuestos en el marco teórico, aportando ejemplos para cada uno de ellos, ejemplos obtenidos de la traducción de los dos capítulos de la obra, y expondré qué estrategia de traducción se ha empleado en cada caso (según las estrategias mencionadas en el marco teórico).

Finalizaré con unas conclusiones, en las que reflexionaré sobre los temas tratados a lo largo del trabajo.

2. Estado de la cuestión y marco teórico

2.1. La presencia en España de traducciones de obras literarias escritas en portugués

A la hora de tratar cualquier cuestión sobre las obras literarias escritas en portugués, es importante saber en qué países el portugués es la lengua oficial, ya que, dependiendo del origen del escritor, encontraremos variaciones tanto en el vocabulario como en la gramática.

Los países que tienen el portugués como lengua oficial son Angola, Brasil, Cabo Verde, Guinea-Bissau, Guinea Ecuatorial, Mozambique, Santo Tomé y Príncipe, Portugal y Timor Oriental. Estas naciones además conforman la CPLP – Comunidad de Países de Lengua Portuguesa, creada el 17 de junio de 1996.

Con el objetivo de solventar las diferencias ortográficas y facilitar la comunicación escrita entre todos ellos, el 12 de octubre de 1990 la Academia das Ciências de Lisboa, la Academia Brasileira de Letras y delegaciones de Angola, Cabo Verde, Guiné-Bissau, Moçambique y São Tomé e Príncipe firmaron, en Lisboa, el *Acordo Ortográfico da Língua Portuguesa* (Barbosa, 2012), que entró en vigor en 2009.

Todos estos países nos han dado grandes escritores, los cuales, con sus obras, han contribuido al desarrollo y al enriquecimiento de la lengua portuguesa.

- En Angola, destacamos a José Eduardo Agualusa, nacido en 1960 y autor de obras como *O Vendedor de Passados* o *Teoria Geral do Esquecimento*.
- En cuanto a Brasil, no se puede dejar de nombrar al célebre Machado de Assis, nacido en 1839, con *Dom Casmurro* o *Memorias Póstumas de Brás Cubas*. Si nos adentramos en el universo de la escritura femenina, el nombre de Clarice Lispector (1920) suena con fuerza, así como el de Nélide Piñón (1934), escritora de origen gallego y ganadora del Premio Princesa de Asturias de las Letras en 2005.
- En Cabo Verde podemos destacar, por una parte, a autores como Baltasar Lopes da Silva, nacido en 1907, o a Germano Almeida, nacido en 1945. Por otra parte, es importante señalar a Dina Salústio, poeta y narradora nacida en 1941; la primera mujer del país en publicar una novela.

- En Guinea-Bissau debemos hacer mención de Amílcar Cabral, que nació en 1924 y escribió discursos y escritos políticos muy influyentes en la historia de la lucha anticolonial en África.

- Respecto a Guinea Ecuatorial, es importante señalar que no es común la literatura en portugués, habiendo mucha más presencia de literatura en español y en fang, los otros dos idiomas principales del país. Lo mismo ocurre con el francés, que, a pesar de ser otro idioma oficial, no está presente en la literatura.

- En Mozambique, Paulina Chiziane, nacida en 1955, fue la primera escritora africana en obtener el Prémio Camões, en 2021. Es la autora de *Niketche: Uma História de Poligamia*, una de las obras más importantes de la literatura mozambiqueña contemporánea. Mia Couto (1955), el más conocido y prolífico escritor africano en lengua portuguesa, también galardonado con el Prémio Camões en 2013, es una figura central en el panorama literario lusófono.

- Uno de los padres de la literatura en Santo Tomé y Príncipe es Francisco José Tenreiro, nacido en 1921, un destacado poeta y ensayista que es recordado por su compromiso con la identidad y la cultura del país.

- En Portugal debemos mencionar a Luís de Camões, autor del siglo XVI, que es considerado el mayor poeta en lengua portuguesa. En cuanto a la literatura contemporánea, se destaca José Saramago, nacido en 1922, autor de obras como *Ensayo sobre la ceguera* y ganador del Premio Nobel de Literatura en 1998. De hecho, es el único autor en lengua portuguesa distinguido con dicho galardón.

- Finalmente, en la literatura de Timor Oriental es importante hablar de Xanana Gusmão. Nació en 1946 y llegó a ser el presidente de su país. Durante su encarcelamiento por las autoridades indonesias, escribió poesía que expresaba la lucha del pueblo de Timor Oriental por la independencia. Su obra poética refleja su compromiso con la libertad y la justicia.

Sin embargo, ¿qué ocurre con la traducción al español, en España, de todas estas obras literarias en portugués? ¿Por qué apenas se ven unos pocos autores y obras traducidos? Es curioso cómo, a pesar de ser el portugués y el español lenguas muy próximas, la traducción de literatura en portugués en España no ha sido abundante a lo largo de la historia (aunque ahora está en crecimiento). En concreto, según el Index

Translationum, en 2012, la lengua portuguesa ocupó el décimo lugar en el *ranking* de las lenguas desde las que se traduce en España (Barbosa, 2012).

Y ¿a qué se ha debido esta poca traducción de la literatura en portugués? Centrándonos en el caso de la literatura de Brasil, María Magdalena Vila Barbosa, investigadora del departamento de Traducción y Lingüística en la Universidad de Vigo, afirma en *Traducir la literatura brasileña: traición, imposibilidad o milagro. Reflexiones sobre la recepción de la literatura brasileña en España* (2012) afirma que se ha debido por una parte a la dificultad de verter al español el exotismo y las sutilezas del lenguaje literario brasileño y, por otra, a la falta de una política cultural de exportación en Brasil, así como al poco espacio dedicado en España a la promoción de la literatura brasileña.

No obstante, como comentábamos antes, esta presencia en España de obras brasileñas traducidas está aumentando. Entre otros motivos, Carmen Villarino, estudiosa de la literatura brasileña del siglo XXI, afirma que esto es porque la aparición de los nuevos medios de difusión de masas ha supuesto una gran apertura a la literatura brasileña (Pardo, 2014).

Otro factor que está influyendo en la cada vez mayor recepción de la literatura brasileña es el crecimiento económico de Brasil, que está generando un aumento del número de traducciones y publicaciones de obras brasileñas en España. Este crecimiento económico está haciendo posible nuevas políticas públicas actuales del gobierno brasileño, que están poniendo especial interés y destinando presupuestos a fomentar las traducciones de las obras brasileñas en el exterior (Calderaro, 2011).

2.2. La traducción de la novela intimista

La Real Academia Española define el intimismo como «la tendencia literaria centrada fundamentalmente en la expresión de los sentimientos y de las emociones más íntimos».

Profundizando más en el intento de definir el concepto de literatura intimista, la escritora gallega Miriam Beizana expresa que se trata de aquella que «habla de cómo

nos sentimos, de por qué, que tiene un fuerte componente filosófico y que, sin embargo, carece de especialización» (Vigo, 2018).

Alfredo Bosi (1994), importante crítico literario brasileño, nos aporta un interesante rasgo de literatura intimista que va de encuentro a la temática de la memoria de la infancia presente en la novela que es objeto de estudio de este trabajo, *O tigre na sombra*:

Nem sempre a introspecção romanesca mergulha nas zonas do sonho e do irreal. Pode deter-se na memória da infância ou fixar-se em estados de alma recorrentes no indivíduo, sem que o processo implique necessariamente em transfiguração. [...] inclinada à minuciosa marcação da consciência, atenta ao verossímil e próxima dos modelos já clássicos, de realismo interior (Tchécov, Machado de Assis, Katherine Mansfield...). Os quais, por sua vez, ao insistirem na descrição das faixas crepusculares da alma humana, abririam caminho para a conversão do realismo em supra-realismo¹ (Bosi, 1994, p. 417).

Actualmente, puede resultar complicado encontrar estudios y análisis sobre esta tendencia literaria, sin embargo, presenta ciertas semejanzas con otro género mucho más conocido: el de la novela sentimental, que se distingue por ser variada y polimorfa, debido a su característica mezcla entre el género narrativo y el lírico (Fernández, 2012). Por ello, para describir este tipo de tendencias tan mixtas es conveniente tratar por un lado las características de la narrativa y por otro las de la lírica.

Por una parte, en la narrativa, el autor trata la materia desde el exterior, narrando de forma objetiva los acontecimientos, por otra, en la lírica predomina la función emotiva, la expresión del yo. Implica una visión subjetiva y suele estar escrita en verso (Aranda, 2014).

En lo que respecta a la traducción de la literatura intimista, es precisamente esta combinación de narrativa y lírica la que supone un gran desafío, ya que una combinación de géneros conlleva una combinación de dificultades de traducción.

Las dificultades de traducción asociadas a la narrativa tienen más que ver con las diferencias que existen entre los idiomas, como, por ejemplo, palabras y conceptos que existen en la lengua origen, pero no en la lengua meta o estructuras que en el texto

¹ A pesar de que tras el Novo Acordo Ortográfico da Língua Portuguesa, en vigor desde 2009, la grafía sea «suprarrealismo», se ha decidido mantener la ortografía original de la edición del libro, de 1994.

origen funcionan, pero en el texto meta no. Aunque en la narrativa también es importante tener en cuenta el mensaje que quiere transmitir el autor al que estamos traduciendo y la forma que le da a dicho mensaje, en la lírica, esto tiene una carga todavía mayor.

Por eso es importante a la hora de traducir este tipo de textos que tienen rasgos poéticos no poner el foco en la pura literalidad y en el significado lingüístico de las palabras, sino concebir la traducción como un proceso donde se trata de revivir en una cultura de acogida un texto vivo de otra cultura (Sanagustín, 2007).

Es la lucha entre mensaje y forma. Madame Dacier en el siglo XVII o Goethe en el siglo XVIII entendían que el mensaje era prioritario, mientras que la forma era irreproducible en la lengua meta. No obstante, podemos encontrar, según Sánchez, excelentes traducciones que trataron de transmitir el ritmo y la métrica del original.

Aun parafraseando el autor mencionado, se pueden identificar tres factores que el traductor debe enfrentar a la hora de traducir textos en verso, unos factores que marcan la diferencia de traducción entre la prosa y el verso.

- Decisiones en torno al ritmo y la rima.
- Decisiones en torno a cuestiones retóricas, con su correspondiente tratamiento de las figuras estilísticas.
- Decisiones en torno a la dimensión semántico-simbólica.

Por lo tanto, a la hora de traducir la literatura intimista no se deben ignorar aquellos rasgos inherentes al texto en verso, ya que en su esencia ese tipo de narrativa los alberga.

2.3. Desafíos de la traducción portugués-español: falsos amigos

Al ser el español y el portugués lenguas tan próximas, la principal dificultad que se investiga en la traducción de una a otra es la de los falsos amigos. Pero ¿qué son los falsos amigos? Wandruzka los define como «palabras que tienen una forma igual o muy

similar en dos o más lenguas, de manera que podríamos creer que significan lo mismo» (Wandruszka, 1976).

Para profundizar en los tipos de falsos amigos que existen entre el portugués y el español, en este trabajo se emplearán las clasificaciones que originalmente plantearon (Carlucci & Díaz, 2007), que son las siguientes:

- Falsos amigos prosódicos
- Falsos amigos ortográficos
- Falsos amigos ortotipográficos
- Falsos amigos morfológicos
- Falsos amigos sintácticos
- Falsos amigos semánticos
- Falsos amigos pragmáticos

Por otra parte, Gisela Massana Roselló ofreció, en su tesis doctoral, otra clase más: Falsos amigos culturales. A continuación, se explicarán todos los tipos de falsos amigos mencionados, tanto los de Carlucci y Díaz como el de Gisela Massana Roselló.

- **Falsos amigos prosódicos**

Son palabras que se pronuncian de manera similar en las dos lenguas, lo que puede llevar a errores de comprensión y/o reexpresión. Son vocablos con ligeras diferencias entre los idiomas. Estos son algunos ejemplos de falsos amigos prosódicos, cuya sílaba tónica es distinta en ambas lenguas, aportados por Gisela Massana Roselló en su tesis:

Ganhar / *ganar*, *pântano*/, *pantano*, *terapia*/*terapia*, *nível*/*nivel*,
psicopata/*psicópata*²

² En negrita queda señalada la sílaba tónica de cada palabra, estando en verde la versión portuguesa y en naranja la española, criterio que será empleado en todos los ejemplos mencionados.

- Falsos amigos ortográficos

Los principales ejemplos de falsos amigos ortográficos que señala Roselló son el uso de mayúsculas, la acentuación y la redacción de ciertas palabras.

En cuanto a las mayúsculas, la dificultad viene de que su uso es mucho más común en el portugués que en el español, lo que puede llevar a un uso incorrecto de estas en español. Se puede ver por ejemplo a la hora de redactar el nombre de asignaturas, las cuales deben ir precedidas por una mayúscula en portugués, pero en español no.

La acentuación de las palabras no solo constituye un falso amigo a nivel prosódico, como se ha mencionado anteriormente, sino que también da lugar a falsos amigos ortográficos.

táxi/ taxi, água/ agua, safári/safari, família/ familia

Por otra parte, encontramos diferencias entre ambas lenguas en lo que respecta a la escritura de ciertas palabras o locuciones. Estas ligeras diferencias también pueden llevar al error en el momento de la traducción.

livro/ libro, bairro/ barrio, talvez/ tal vez, apesar de/ a pesar de

- Falsos amigos ortotipográficos

Este tipo de falsos amigos comprenden las diferencias que existen entre ambas lenguas en el uso de abreviaturas, el guion, la coma o el signo de interrogación y exclamación.

Un claro ejemplo de distintos usos entre las dos lenguas es el de los signos de interrogación y exclamación, que en portugués solo se emplean en su forma de cierre (como en otras lenguas latinas), mientras que en español se debe usar también el signo de apertura al comienzo de la frase.

Por que está aqui?/ ¿Por qué está aquí?

- Falsos amigos morfológicos

Todas aquellas diferencias sutiles que existen a nivel morfológico, así como en el género, prefijos, sufijos o diminutivos. Roselló señala como ejemplo la diferencia de género entre la palabra portuguesa «*viagem*» (femenina) y su equivalente en español «*viaje*» (masculina). Es importante resaltar que todas las palabras terminadas en «-aje» en español son masculinas mientras que las terminadas en «-agem» en portugués son femeninas, excepto el vocablo «*personagem*» que posee género femenino, forma preferente en la lengua culta, y masculino, más frecuente en la lengua coloquial.

En cuanto a prefijos, un ejemplo que nos muestra la investigadora es el de la forma verbal pronominal en español «*entrometerse*», cuyo equivalente en portugués sería «*intrrometer-se*». La diferencia en este caso sería el uso del guion entre el verbo y el pronombre «se», lo que no ocurre en español. Otros ejemplos que podemos destacar de derivación de palabras que podrían llevar a equívocos son:

sugestão / sugerencia / manutenção / mantenimiento, desnecessário / innecesario

En cuanto a los diminutivos, se observa que en portugués (sobre todo en contextos más informales) se hace un gran uso de estos, que no solo expresan pequeñez, sino también amabilidad, cariño, permiso, enfado... «*Vamos tomar um cafezinho?*» / «*¿Vamos a tomar un café?*» Por el contrario, está desaconsejado un uso excesivo de ellos en español.

- Falsos amigos sintácticos

Este tipo de falsos amigos engloba la diferencia que existe entre los dos idiomas a la hora de colocar preposiciones, pronombres, artículos o hacer uso de los distintos tiempos verbales, como en los tiempos pasados, la voz pasiva o el infinitivo.

Por ejemplo, en portugués se emplea el pretérito perfecto simple para hablar de una acción finalizada, haya concluido recientemente o no, mientras que en el español de España se suele usar el pretérito perfecto compuesto.

«*Hoje comi*», en portugués, frente a «*hoy he comido*», en español.

En cuanto a la colocación de preposiciones, siendo un verbo equivalente en ambas lenguas, a veces va acompañado de distintas preposiciones. «*Traduzir para*», en portugués, frente a «*traducir a*», en español o «*jogar*», en portugués y «*jugar a*», en español, etc.

En lo que respecta a la voz pasiva, de la misma forma que ocurre con los diminutivos, podemos ver que en portugués el uso de esta es mucho más común, mientras que en español no sería aconsejable utilizarla con tanta frecuencia.

- Falsos amigos semánticos

Los falsos amigos semánticos son los más difíciles de identificar, ya que consisten en palabras que tienen una forma gráfica y/o fónica igual o similar, pero con diferencias en el sentido que pueden pasar inadvertidas. Un claro ejemplo es el de «*largo*», en portugués, y «*largo*», en español. Esta palabra en portugués se refiere a la anchura, mientras que en español se refiere a la longitud. O «*taça*», en portugués, y «*taza*», en español, ya en portugués se refiere a la palabra «*copa*» en español, siendo «*xícara / chávena*» en portugués la palabra para «*taza*», en español.

- Falsos amigos pragmáticos

Se dan cuando existen en ambos idiomas construcciones parecidas, pero con ligeras diferencias. Por ejemplo, en portugués se diría «*fazer sentido*», mientras que en español es «*tener sentido*» o «*estar com fome*» y «*tener hambre*».

Minha vida não faz sentido / Mi vida no tiene sentido, Estou com fome / Tengo hambre

- Falsos amigos culturales

Los falsos amigos culturales están conformados por las diferencias que existen entre dos lenguas, por ejemplo, en el uso de los antropónimos, las formas de tratamiento, los saludos y despedidas o la gestualidad.

Una diferencia llamativa entre el portugués de Brasil y el español de España es el uso del «*você*» en el portugués de Brasil que, a diferencia de lo que puede parecer, no equivaldría al «*usted*» en español, sino al «*tú*». Asimismo, tenemos «*adeus*» que no es la mejor traducción para «*adiós*», dada su carga semántica. En portugués, se usarían «*tchau*» o «*até logo*» frente a «*adeus*», que sería un «*tchau*» “eterno” o casi “eterno”.

2.4. Estrategias de traducción

A la hora de traducir, el traductor sigue un proceso (Sánchez, 2020):

- a) Adquisición de la información.
- b) Interpretación de la información.
- c) Análisis de la información y realización de inferencias.
- d) Comprensión y organización conceptual de la información.
- e) Comunicación de la información.

Durante todo este proceso, el traductor no solo debe tener en cuenta la información literal que ofrece el texto, sino también sus efectos estilísticos, intencionalidad, rasgos culturales, etc. Sin embargo, no siempre existe una equivalencia directa entre la lengua original y la lengua meta y en tales casos, para mantener la máxima fidelidad posible, el traductor deberá recurrir a una serie de estrategias de traducción.

2.4.1. Transposición, modulación, equivalencia y adaptación - Vinay y Darbelnet

Como se menciona anteriormente, hay casos en los que, al recurrir a la traducción literal, el traductor no obtiene el resultado esperado, sino que, por el contrario (Sánchez, 2020):

- a) La traducción literal produce un sentido distinto.
- b) La traducción literal no tiene sentido.
- c) La traducción literal resulta imposible por razones estructurales, sobre todo de tipo sintáctico.

- d) La traducción literal no se corresponde con la metalingüística de la lengua meta por razones estilísticas, culturales o de registro.

Ante estas situaciones, Vinay y Darbelnet proponen una serie de estrategias de traducción:

- **Transposición**

Consiste en reemplazar una parte del discurso sin cambiar el mensaje. Son cambios en la estructura del texto, en su sintaxis. Por ejemplo, cambiando el orden de las palabras o los tiempos verbales.

- **Modulación**

La modulación varía la connotación del mensaje y de las palabras. Su objetivo es acercar el texto a la lengua meta, de forma que suene más natural. A la hora de modular el texto se tienen en cuenta factores como el estilo o el registro, de forma que se respete el texto original, sin causar disonancia en la lengua meta.

- **Equivalencia**

Podemos observar esta estrategia de traducción aplicada, sobre todo, en la traducción de interjecciones o elementos fraseológicos del texto, como proverbios y expresiones. Consiste en traducir un concepto de la lengua origen por otro ya existente y equivalente de la lengua meta que, aunque no sea igual literalmente, tenga el mismo sentido.

- **Adaptación**

Se opta por esta estrategia cuando el concepto de la lengua origen no tiene un equivalente en la lengua meta o directamente no existe. Ocurre con gastronomía, toponimia, saludos, relaciones familiares, lenguaje no verbal, hábitos sociales... En estos

casos el traductor debe buscar un concepto en la lengua meta que evoque unas emociones similares a las que evoca el concepto de la lengua origen, evitando así perder el sentido del mensaje.

2.4.2. Equivalencia formal y equivalencia dinámica - Eugene Nida

Según Nida, se llevará a cabo una equivalencia formal o una equivalencia dinámica dependiendo de la naturaleza del mensaje, el propósito del autor y el destinatario.

- Equivalencia formal

Está orientada hacia el texto en lengua origen. Suele adoptarse en textos como la Biblia, de poesía o filosóficos. Se caracteriza por reproducir elementos del original.

- a) Mantiene las unidades gramaticales (ausencia de transposiciones y respeto de marcadores del discurso como párrafos o puntuación).
- b) Mantiene la coherencia terminológica (ausencia de variación léxica).
- c) Ausencia de equivalencias y adaptaciones, por el contrario, se hace uso de notas al pie.

- Equivalencia dinámica

Está orientada hacia el texto en lengua meta y busca la naturalidad y proximidad al lector. Se tiene en cuenta la relación que existe entre las dos lenguas en los siguientes niveles:

- a) Cambios de elementos léxicos.
- b) Cambios de elementos morfosintácticos.
- c) Cambios de tipo semántico, en el plano connotativo.
- d) Idoneidad en usos expresivos.
- e) Análisis del contexto en que se recibe el mensaje.

f) Adecuación con el tono emocional del discurso.

Según Sánchez, el enfoque seleccionado a la hora de traducir dependerá de la finalidad del texto y de su destinatario.

3. Caso práctico. Análisis lingüístico y traducción de un fragmento de una obra literaria: *O tigre na sombra*, de Lya Luft

3.1. Lya Luft

Lya Luft fue una reconocida escritora, profesora y traductora brasileña, nacida el 15 de septiembre de 1938 en Santa Cruz do Sul, Rio Grande do Sul, y fallecida el 30 de diciembre de 2021 en Porto Alegre, la capital del estado. Lya, con mucha frecuencia los brasileiros se refieren a sus escritores por su nombre de pila, es conocida por su extensa obra literaria que abarca novelas, poesías, ensayos y traducciones.

Entre sus trabajos más destacados se encuentran las novelas *Perdas e Ganhos* (2003), *O Silêncio dos Amantes* (2008) y *Em Outras Palavras* (2006). Sus obras exploran temas profundos como la condición humana, la muerte, el amor, y las relaciones familiares, siempre con una prosa introspectiva y poética.

También se destacó como traductora, llevando al portugués obras de autores importantes como Virginia Woolf y Thomas Mann. Además de su producción literaria, Lya Luft escribió para varios periódicos y revistas brasileñas, donde abordó temas contemporáneos y filosóficos, consolidándose como una voz influyente en la literatura y cultura brasileñas.

3.2. *O tigre na sombra*

O tigre na sombra fue publicado en 2012 por la editorial Record. El libro consta de 127 páginas y está dividido en 4 capítulos: *Espelhos que observam*, *A menina da perna curta*, *Amores perturbados* y *O tigre espera*.

A lo largo de la obra vamos conociendo la vida de la protagonista, Dôda, desde su nacimiento hasta su muerte. Dôda nace con una pierna más corta que otra, lo que le dificulta no solo su día a día, sino también el conseguir el afecto de su madre, que claramente tiene una preferencia hacia su hermana mayor, Dalia.

La frustración que sufre Dôda al no conseguir ser aceptada por su madre la convierte en una persona insegura, lo que le lleva a imaginar en el reflejo de su espejo a otra versión de sí misma, una versión con seguridad y resuelta. La llama Dolores y pasa mucho tiempo hablando con ella, imaginando ser ella.

Dôda va creciendo y, todavía en su intento de conseguir la aceptación de su madre, deja a un lado todas aquellas cosas que realmente le gustan y se centra en llevar la vida que cree «correcta». Por su parte, Dalia pierde el rumbo. Se convierte en una mujer sin metas, irresponsable y alocada, rodeándose de malas influencias.

Cuando Dôda descubre que su marido le es infiel con Dalia siente cómo su vida se derrumba. Se separa de él y ahí comienza a redescubrirse a sí misma, cuestionándose el porqué de muchas de las decisiones que tomó a lo largo de su existencia.

3.3. Análisis lingüístico del fragmento: «*Espelhos que observam*» y «*O tigre espera*»

He seleccionado el primer capítulo de la obra para su traducción ya que en esta parte del libro es donde se presentan los nombres de los personajes y de los lugares que nos van a acompañar a lo largo de toda la obra, por ello, me parecía oportuno dejar establecido desde el principio cómo de próxima o lejana va a ser la traducción de estos términos.

Por otra parte, he seleccionado también para la traducción el último capítulo de la novela, ya que es donde se narra el dolor que sufre Dôda tras descubrir la infidelidad de su marido con su hermana Dalia y donde se ve obligada a enfrentar en soledad sus últimos años de vida.

En este capítulo, la autora navega a través del mundo interior de Dôda de una forma especialmente poética y melancólica que consideramos interesante de traducir, debido a su gran complejidad en la expresión de las emociones y psicología del personaje.

En esta sección del trabajo se mostrarán los distintos tipos de falsos amigos que podemos encontrar con ejemplos obtenidos de la traducción de los dos capítulos de la novela, así como las estrategias de traducción que se han empleado para solventarlos.

Finalmente, se hará una comparación entre la equivalencia formal y dinámica, de nuevo con ejemplos obtenidos de las traducciones de los dos capítulos de la obra.

3.3.1. Casos de falsos amigos con ejemplos extraídos de las traducciones de los capítulos y estrategias de traducción

- Falsos amigos prosódicos

Texto original	Traducción	Estrategia empleada
<i>Eu preciso encontrar alguém.</i>	Necesito encontrar a alguien .	Traducción literal: El equivalente de « <i>alguém</i> », en portugués es « <i>alguien</i> » en español. Sin embargo, debemos tener cuidado con no incorporar la tilde al escribir la palabra en español, ya que estas dos palabras tan parecidas, en cada lengua tienen una diferente sílaba tónica y, por tanto, una distinta acentuación.
O pai mal levantava os olhos do livro, espiava atrás dos óculos de míope .	El padre apenas levantó los ojos del libro, escudriñando tras sus gafas de miope .	Traducción literal: La ligera diferencia de pronunciación entre estas dos palabras puede llevar a confusiones. Observamos que en

		portugués lleva tilde y en español no, ya que la sílaba tónica es diferente en ambas lenguas.
<i>Um homem caminha na praia e imagina que está num barco ao embalo daquela respiração profunda.</i>	Un hombre camina por la playa e imagina que está en un barco, admirando esa profunda respiración.	Traducción literal: En este caso, de nuevo, la semejante pronunciación puede generar confusiones a la hora de escribir este verbo, que mantiene la misma diferencia en su infinitivo: « Caminhar » frente a « caminar », teniendo una «h» intercalada en su grafía, necesaria para generar el sonido /ɲ/ que posee dicho vocablo en portugués.

- Falsos amigos ortográficos

Texto original	Traducción	Estrategia empleada
<i>Lá encontrei um gato aninhado entre raízes.</i>	Allí encontré un gato acurrucado entre unas raíces .	Traducción literal: Con la diferencia de que, en portugués, el término se escribe con «z», sea en el singular o plural, mientras que en español se escribe con «c» en su forma plural, pero con «z» en el singular.

<p><i>Era fantasia, era sonho.</i></p>	<p>Era una fantasía, un sueño.</p>	<p>Traducción literal: A pesar de su similar pronunciación, en español, la palabra lleva tilde en la «i» y en portugués no, según las normas de acentuación gráfica de ambas lenguas.</p>
<p><i>Mas onde está todo mundo? Buscando se anestesiar ou obter respostas, atrelados às mesmas incansáveis perguntas, como, quando, quanto, por quê, por que eu?</i></p>	<p>Pero ¿dónde está todo el mundo? Intentando anesthesiarse u obtener respuestas, atados a las mismas preguntas incansables: ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cuánto? ¿Por qué? ¿Por qué yo?</p>	<p>Traducción literal: Estas son dos palabras equivalentes, sin embargo, tienen una ligera diferencia en su grafía: en portugués es «perguntas» y en español «preguntas», con inversión de la posición de la consonante «r».</p>

- **Falsos amigos ortotipográficos**

<p>Texto original</p>	<p>Traducción</p>	<p>Estrategia empleada</p>
<p><i>(E os olhos do meu tigre são azuis.)</i></p>	<p>(Y los ojos de mi tigre son azules).</p>	<p>Transposición: En portugués el punto se puede colocar antes o después del cierre de paréntesis, por el contrario, en español debe ir detrás.</p>

<p><i>(Ou quando me olhava rapidamente como a dizer, eu sei, eu sei.)</i></p>	<p>(O cuando me miraba rápidamente como diciendo «lo sé, lo sé»).</p>	<p>Transposición: A diferencia del portugués, en español, se encierran entre comillas las palabras textuales que se reproducen dentro de un enunciado en estilo indirecto.</p>
<p><i>Acho que ela nunca me perdoou por ser uma das tantas decepções que lhe vincaram a testa e baixaram os cantos da boca — que nunca sorria para mim.</i></p>	<p>Creo que nunca me perdonó por ser una de las muchas decepciones que arrugaron su frente y doblaron hacia abajo las comisuras de su boca, la cual nunca me dedicaba una sonrisa.</p>	<p>Transposición: En español, en los textos narrativos, solo se emplea la raya (—) para introducir o enmarcar los comentarios y precisiones del narrador a las intervenciones de los personajes. En portugués, puede sustituir una coma, además de ser empleada en los contextos narrativos anteriormente mencionados en español.</p>

- **Falsos amigos morfológicos**

Texto original	Traducción	Estrategia empleada
<p><i>A morte não precisa se enxergar.</i></p>	<p>La muerte no necesita verse.</p>	<p>Transposición: En portugués el pronombre reflexivo «se» puede preceder al verbo en infinitivo, por el contrario, en español, el equivalente pronombre «se» siempre</p>

		sucede al verbo en el infinitivo.
(...) <i>havia umas poucas árvores (...)</i>	(...) había unos cuantos árboles (...)	Traducción literal: En portugués, la palabra « <i>árvore</i> » es femenina, por lo que los artículos que la acompañan son femeninos. Pero su equivalente en español « árbol » es masculino y por tanto sus artículos concuerdan con su género, el masculino.
<i>Como Vovinha, eu acreditava nos impossíveis.</i>	Igual que Vovinha, yo creía en lo imposible.	Transposición: Al traducir « <i>nos impossíveis</i> », del portugués, en plural, en español pasa a singular: « en lo imposible », ya que no sonaría natural decir « en los imposibles ».

- Falsos amigos sintácticos

Texto original	Traducción	Estrategia empleada
<i>um espelho deitado é um mar, abismo.</i>	un espejo tumbado es un mar, el abismo.	Transposición: En portugués un sustantivo concreto usado como metáfora, por tanto, con valor de sustantivo abstracto, puede no ir precedido de un artículo

		definido o indefinido, sin embargo, en español, lo natural normalmente sería que fuera acompañado de su correspondiente artículo.
(...) os campos onde corre o vento (...)	(...) los campos por donde corre el viento (...)	Equivalencia: « Onde corre », en portugués, y « por donde corre », en español, son expresiones equivalentes, sin embargo, en español es necesaria la preposición « por ».
<i>A transgressora que abre braços e pernas e se derrama de dentro do obscuro caldeirão das minhas fantasias, e a cumpridora que aqui não sabe viver.</i>	La transgresora que abre los brazos y las piernas y se derrama por el caldero oscuro de mis fantasías, y la cumplidora que no sabe vivir aquí.	Transposición: En este caso he optado por acompañar las palabras « brazos » y « piernas » con sus correspondientes artículos, ya que en general, es más común en español mencionar partes del cuerpo acompañadas de artículos.

- Falsos amigos semánticos

Texto original	Traducción	Estrategia empleada
<i>No fundo do corredor um espelho em pé é uma casa de vidro;</i>	Al final del pasillo un espejo de pie es una casa de crystal ;	Modulación: « Vidro » podría confundirse con « vidrio », pero, en español, para referirse al material del que está

		<p>fabricado un espejo se emplea la palabra «crystal». Es importante destacar que la palabra «crystal» también existe en portugués, sin embargo, su uso tiene un sentido mucho más específico que tiene que ver con su proceso de fabricación.</p>
<p><i>Um homem tira o revólver da prateleira mais alta e coloca embaixo do travesseiro.</i></p>	<p>Un hombre coge su revólver del estante más alto y lo pone bajo la almohada.</p>	<p>Modulación: El verbo «tirar» existe en ambas lenguas. Pero, en este contexto, en español, el término apropiado es «coger», definido en la RAE como: «Asir, agarrar o tomar algo o a alguien».</p>
<p><i>Mas as mágoas e as memórias, essas falam sem parar.</i></p>	<p>Sin embargo, las penas y los recuerdos hablan sin parar.</p>	<p>Modulación: La palabra en portugués «memórias» podría remitirnos a la palabra española «memorias», sin embargo, en este contexto podría resultar más apropiado y natural decir «recuerdos».</p>

- Falsos amigos pragmáticos

Texto original	Traducción	Estrategia empleada
<i>(Não saber é melhor do que saber.)</i>	(No saber es mejor que saber).	Transposición: Ambas frases significan lo mismo en las dos lenguas, son oraciones comparativas. Sin embargo, en portugués, se incluye la preposición « de » más el artículo « o », antes del «que» relativo. « <i>Não saber é melhor <u>do</u> que saber</i> ».
<i>Mas onde está todo mundo?</i>	Pero ¿dónde está todo el mundo?	Transposición: « <i>Todo mundo</i> » y « todo el mundo » son expresiones equivalentes, no obstante, en español, « mundo » debe ir precedido por el artículo « el » y en portugués se puede ocultarlo, siendo esta la opción más natural en el portugués de Brasil.

- Falsos amigos culturales

Texto original	Traducción	Estrategia empleada
<i>Eu observo e registro.</i> <i>Eu falo e escrevo.</i> <i>Eu sangro.</i>	Observo y tomo nota. Hablo y escribo. Sangro.	Transposición: En el portugués de Brasil es común hacer uso de los

		pronombres, por el contrario, en el español de España se podría considerar más natural omitirlos.
<i>Minha mãe, que não me amava, teve duas filhas.</i>	Mi madre, que no me quería , tuvo dos hijas.	Modulación: «Amar» es un verbo común en ambas lenguas, sin embargo, en el español europeo podríamos decir que tiene una carga emocional ligeramente distinta, ya que está más relacionado con el amor romántico, por lo que, en este caso, tal vez sería más apropiado emplear el verbo «querer».
— Ué , eu sou Dolores!	— Oye , soy Dolores.	Adaptación: En español no tenemos una forma de apelación equivalente al « ué », sin embargo, podría tener un significado parecido apelar a alguien diciendo « oye ».

3.3.2. Diferencia en la traducción de nombres propios según el enfoque de equivalencia formal y equivalencia dinámica

Como hemos comentado en el marco teórico, la equivalencia formal se caracteriza por reproducir elementos del texto original, mientras que la equivalencia dinámica busca la naturalidad y proximidad para el lector de la lengua meta.

Consideramos que en una traducción hay algunas ocasiones en las que debe optarse por un enfoque más formal y otras en las que es más conveniente el dinámico.

Con la traducción de nombres propios creemos que podemos apreciar a la perfección las sutilezas que suelen llevar al traductor a optar por una u otra, por ello, a continuación, enseñaremos ejemplos extraídos de las traducciones de los dos capítulos, tratando de mostrar con las justificaciones qué cuestiones hemos tenido en cuenta a la hora de elegir una estrategia u otra.

- **Casos de equivalencia formal**

Texto original	Traducción	Justificación
<p><i>A realidade não existe,</i> Vovina?</p>	<p>¿La realidad no existe, Vovina?</p>	<p>En este caso se ha decidido mantener en portugués el nombre con el que se refieren a su abuela. Es una manera cariñosa de decir «abuela» en portugués. Podría haber apostado por traducirlo como «abuelita», sin embargo, creo que todo lector español, aún sin tener conocimientos de portugués, entendería que «Vovina» es la forma de llamarla en ese idioma y, teniendo en cuenta que la novela es de una autora brasileña, considero que mantener el apodo en su lengua nos ayuda a</p>

		conservar parte de la esencia de la obra original.
<p><i>No colégio os meninos diziam Dôda, Dóda, Foda. Acabei me acostumando, mas sempre escrevo meu nome com acento circunflexo.</i></p>	<p>En el colegio los niños decían Dôda, Dóda o «que se joda». Terminé acostumbrándome, pero siempre escribo mi nombre con acento circunflexo.</p>	<p>En este caso se ha decidido mantener el acento circunflejo también en español una vez que ese acento tampoco se debería de emplear en portugués (según las normas de acentuación gráfica de la lengua portuguesa). Está claro que se trata de una elección personal de la autora, para hacer énfasis en la pronunciación del nombre, es decir, con el sonido cerrado de la «o» (/o/). En portugués, existen «oes» cerradas y abiertas, y estas no siempre van con acento gráfico. Se necesitaría oír la palabra para saber cómo pronunciarla en caso de la ausencia de la tilde.</p>

- Casos de equivalencia dinámica

Texto original	Traducción	Justificación
<p><i>A primeira chamou Dália, como num romance lido anos atrás. Queria dar a todas as filhas mulheres nomes de flor.</i></p>	<p>A la primera la llamó Dalia, como en una novela que había leído hacía años. Quería ponerles a todas sus hijas el nombre de una flor.</p>	<p>En este caso, la autora, a diferencia de cuando tilda el nombre «Dôda», emplea una tilde en «Dália» porque es como se escribe el nombre de esa flor en portugués, de acuerdo con las normas de acentuación, no hay otro motivo o significado detrás de la elección de tildar esa palabra. Sin embargo, en español, el nombre de esa flor se escribe sin tilde, por ello, he optado por mantener la grafía española, apostando por la única intención de la autora: darle al personaje el mismo nombre de la flor.</p>
<p><i>Cada vez que passávamos parte do verão na casa da praia de meus avós maternos, chamada Casa do Mar, como dizia uma placa velhíssima junto do portão, eu tinha aquele</i></p>	<p>Cada vez que pasábamos parte del verano en la casa de la playa de mis abuelos maternos, llamada «la Casa del Mar», como anunciaba un cartel muy antiguo junto a la puerta, yo tenía la misma</p>	<p>En este caso he optado por traducir al español el nombre de la casa. No sonaría natural decir (...) llamada «Casa del Mar» (...), sin colocar antes el «la». Por otra parte, colocar el artículo «la»</p>

<i>pesadelo: o mar invadia tudo.</i>	pesadilla: el mar lo arrasaba todo.	seguido del nombre de la casa en portugués podría crear cierta sensación de discordancia: « <i>la Casa do Mar</i> ».
--------------------------------------	-------------------------------------	--

4. Conclusiones

Aunque la literatura brasileña cada vez está más presente en España, habiendo cada vez más traducciones al español, aún hay muchísimas obras que no se conocen porque no están traducidas y que sin duda tendrían un impacto muy positivo en nuestro país. Un ejemplo es *O tigre na sombra*, de Lya Luft, que desde su intimismo nos enseña la importancia de ser uno mismo y no vivir en base a lo que los demás esperan de nosotros.

La traducción de los dos capítulos de la novela, con su correspondiente análisis traductológico, ha tenido como objetivo llamar la atención para autores desconocidos para los españoles, como Lya Luft, pero que tienen mucho que contarnos. Además de llamar la atención para la escasez de traducciones de obras escritas en portugués en territorio español, a pesar de la proximidad con Portugal.

Aportar mayor visibilidad a autores de otros países en España también ayuda a enriquecer nuestra propia literatura, ya que estos nos enseñan nuevos tipos de escritura y otras formas de relacionarse con la realidad.

El desarrollo de la literatura de un país es crucial para que este evolucione. Viviendo en un mundo rápido, en el que nos cuesta pararnos a reflexionar sobre nuestras emociones, géneros literarios como el intimista (que suele ser menos frecuente) nos ayudan a desarrollar esa capacidad de introspección; muy positiva para nuestro equilibrio emocional.

Así que la traducción de obras que tienen entrañadas esas características es tan importante como las demás de otros géneros literarios.

Específicamente, traducir del portugués al español un texto colmado de subjetividad me ha dado la oportunidad de experimentar en primera persona los desafíos de la traducción, así como las estrategias para solventar los problemas que cada texto presenta, aunque la lengua de origen y de meta sean tan similares.

El hecho de que el portugués y el español tengan tantas similitudes da lugar a la principal dificultad de traducción que se aborda en este trabajo: los falsos amigos.

En el presente trabajo se explican los falsos amigos prosódicos, ortográficos, ortotipográficos, morfológicos, sintácticos, semánticos, pragmáticos y culturales, así como las estrategias de traducción expuestas por Vinay y Darbelnet: Transposición, modulación, equivalencia y adaptación.

Tras colocar ejemplos extraídos de la traducción de dos capítulos de *O tigre na sombra* y hacer un análisis de qué estrategias se han seguido en su traducción, se puede observar que resulta complicado a veces mantener exactamente el mismo tono del original, mientras que es muy fácil cometer un error y cambiar sin querer el significado.

Sería de gran utilidad que se siguieran haciendo trabajos en esta área para que se continuara promoviendo la traducción de obras en lengua portuguesa, así como de obras de literatura intimista. Por una parte, por promover la lectura de obras en portugués y enriquecer la cultura de destino y, por otra, por animar a las personas a trabajar en la introspección, propia del género intimista.

5. Bibliografía

Aranda, M. M. (2014). Los géneros literarios y la traducción. Aproximación a nuevas formas de creación literaria y traducción en tiempos de crisis.

Barbosa, M. M. (2012). *TRADUCIR LA LITERATURA BRASILEÑA: TRAICIÓN, IMPOSIBILIDAD O MILAGRO. REFLEXIONES SOBRE LA RECEPCIÓN DE LA LITERATURA BRASILEÑA EN ESPAÑA. Dpto. de Traducción y Lingüística, Universidad de Vigo.*

Calderaro, S. M. (2011). La recepción actual de la literatura brasileña en España.

Carlucci, L., & Díaz, A. (2007). La adquisición de la competencia traductora portugués-español: un estudio en torno a los falsos amigos.

Fernández, F. C. (2012). La novela sentimental y su tradición lírico-narrativa.

Pardo, M. C. (2014). Outros modos do olhar estrangeiro sobre a literatura e a cultura brasileira.

Roselló, G. M. (2016). La adquisición de la competencia traductora portugués-español: un estudio en torno a los falsos amigos.

Sanagustín, A. Á. (2007). La traducción poética.

Sánchez, J. L. (2020). *Introducción a la Teoría de la Traducción.*

Vigo, M. B. (2018). *¿Y qué hay de la novela intimista?* Obtenido de <https://miriambeizana.wordpress.com/2018/04/11/y-que-hay-la-novela-intimista/>

Wandruszka, M. (1976). *Nuestros idiomas: comparables e incomparables.*

Bosi, A. (1994). *História concisa da literatura brasileira.*

6. Anexos

6.1. Capítulo de la obra original (PT) – *Espelhos que observam*

No fundo do corredor

um espelho em pé é uma casa

de vidro;

um espelho deitado é um mar,

abismo.

Em ambos algo me observa

lambendo calmamente as patas.

Ele é a vida e a morte,

reais

ou com disfarces bizarros:

quem se importa com a verdade?

Ela é sempre invenção de alguém.

(E os olhos do meu tigre são azuis.)

Um homem tira o revólver da prateleira mais alta e coloca embaixo do travesseiro. E pensa antes de adormecer: Eu preciso ser alguém.

Uma mulher abre os olhos no escuro e pensa: Eu preciso encontrar alguém.

Uma mãe recebe nos braços seu bebê recém-nascido e não entende por que o rostinho dele está coberto por gaze.

Uma menina sonha que tem duas perninhas iguais.

*

(Num quarto de hospital onde alguém vai morrer não há espelhos.

A morte não precisa se enxergar.)

*

Eu observo e registro.

Eu falo e escrevo.

Eu sangro.

Sangro esta narrativa como se me escorresse dos pulsos abertos.

Quando estavam de bom humor os deuses abriram as mãos e despejaram sobre a terra os oceanos com seus segredos, os campos onde corre o vento, as árvores com mil vozes, as manadas, as revoadas — e, para atrapalhar tudo, as pessoas.

Mas onde está todo mundo? Buscando se anestesiarem ou obter respostas, atrelados às mesmas incansáveis perguntas, como, quando, quanto, por quê, por que eu?

Eu, a menina da perna curta, falava com a menina do espelho e criava um filhote de tigre no fundo do quintal.

Quando lançaram a minha sorte os deuses estavam sombrios.

E assim começa esta complicada história.

*

Minha mãe, que não me amava, teve duas filhas:

A primeira chamou Dália, como num romance lido anos atrás. Queria dar a todas as filhas mulheres nomes de flor. Ela só desejava filhas mulheres. Meu pai concordava com tudo, e se quis um filho homem nunca disse.

Ela parou em Dália, que era alegre e doce, fácil de criar, a mãe dizia, e se tornou uma adolescente belíssima com olhos negros onde apareciam lasquinhas de ouro quando ela ria. A mãe amou aquela filha até o fim, por todos os descaminhos, com um amor obsessivo que acabou por a afastar.

Minha irmã sempre reclamou:

— Dália? Quem conhece essa flor? Só em romance antigo ou naqueles jardins do interior, coisa de velha, odeio meu nome de velha. — Mas acrescentava:

— Mas a nossa Vovina é uma velha que eu adoro.

Todos adoravam nossa avó, tão diferente da única filha, nossa mãe. Gostava de usar grandes xales de seda colorida que meu avô marinheiro trouxera de alguma viagem; tinha uns olhos amarelados de gato que estreitava quando ia dizer alguma coisa importante, ou quando ria, ou quando estava refletindo.

(Ou quando me olhava rapidamente como a dizer, eu sei, eu sei.)

*

A segunda filha fui eu. A mãe me chamou Dolores. Nome escuro, de sombra e pranto, cheio de ôôôs lúgubres. Escolheu esse nome porque, dizia, sofreu muito para me botar no mundo. Eu lhe dei trabalho desde a hora de nascer, e sempre daria, porque nasci do jeito que sou.

Todos dizem “Dôda” porque minha irmã, muito pequena, não conseguia dizer Dolores, falava Dôda.

No colégio os meninos diziam Dôda, Dóda, Foda. Acabei me acostumando, mas sempre escrevo meu nome com acento circunflexo.

Eu era em tudo o oposto de Dália: rebelde, difícil, confusa, metida com meus devaneios, oscilando entre euforia e tristeza.

Além do mais nasci com esse defeito: uma de minhas pernas é mais curta do que a outra. Não é muito, mas eu ando de um jeito feio, levemente inclinada para um lado.

Para algumas pessoas, como minha mãe, esse defeito me classifica, como ter cabelo vermelho-escuro e olhos cinzentos. Só que é pior. Acho que ela nunca me perdoou por ser uma das tantas decepções que lhe vincaram a testa e baixaram os cantos da boca — que nunca sorria para mim.

*

Atrás da casa no fundo do quintal havia umas poucas árvores. Uma especial era a minha: ali eu me sentava para ler, brincar, não fazer nada. Mais tarde ninguém lembraria dela: pessoas têm memórias confusas.

Lá encontrei um gato aninhado entre raízes.

Me agachei, peguei no colo, era grande e pesado. Não era gato: era um filhote de tigre. Havia listras escuras, ainda pálidas, no seu pelo dourado. Mas não parecia perigoso. Então se enroscou no meu colo e ronronou.

Fui pegar pão e leite em casa, voltei tão depressa quanto conseguia, andar para mim não era como para as outras crianças. Ele não estava mais: larguei ali a latinha velha com a comida. No fim da tarde escapei da vigilância de minha mãe e voltei: a latinha estava vazia. O meu tigre tinha feito uma aliança comigo.

Não contei a ninguém. Se soubessem iam querer levá-lo para um zoológico.

Nem me ocorreu que não havia tigres em fundos de quintal (só, talvez, no fundo de um espelho), e que tudo aquilo era impossível. Como Vovinha, eu acreditava nos impossíveis. Ela gostava de dizer:

— Realidade? Bobagem. Cada um inventa a sua.

(Quase esqueci de dizer que meu tigrezinho tinha olhos azuis.)

*

Ainda menina descobri que os espelhos nos observam. Quando comentei todo mundo riu, era mais uma de minhas ideias loucas.

— Essa criança tem imaginação demais — diziam.

Vovinha não se espantou nem fez qualquer comentário.

Em meu quarto, separado de Dália quando ainda éramos meninas, porque, dizia nossa mãe, ela era objeto de cuidados especiais pois ia ser uma bailarina famosa, havia uma espécie de toucador com espelho. A gente puxava um tampo de mesa, e lá ficava eu fazendo tema ou desenhando.

Muito me olhei naquela superfície sem ondas: queria ver como os outros me enxergavam. Quem afinal eu era. As pessoas elogiavam meu cabelo ruivo escuro, liso e grosso, os olhos de um cinza muito claro. A boca, o nariz, nada era feio nem destoava.

Eu estendia as mãos, examinava o seu reflexo, eram bem bonitas.

(Sentada, não se viam minhas pernas.)

Certa vez tive a impressão de que a menina do espelho me observava. Fechei os olhos, larguei o lápis e saí do quarto sem olhar para trás. Eu só estava cansada, era isso. Era fantasia, era sonho.

Mas aquilo se repetiu e se tornou cotidiano: havia uma menina no espelho, igual a mim, mas não era eu. Sempre que ela fazia algo diferente de mim, ou claramente me observava, meu cabelo se arrepiava na nuca como os pelinhos dos braços — eu fechava os olhos e saía correndo, às vezes derrubando a cadeira, sem coragem de voltar a levantar.

Depois me acostumei, e nos observávamos mutuamente. No começo, em silêncio. Ela me imitava, mas inesperadamente fazia exatamente o contrário de mim, como ficar imóvel quando eu esboçava um gesto.

Fui perdendo o medo, que se transformou em curiosidade.

Provocava:

— Eu vou sorrir agora. Duvido que você não sorria.

Um dia lhe perguntei, sem muita certeza de obter resposta:

— Como é o seu nome?

Foi muito esquisito ouvir a sua voz, quando ela respondeu:

— Ué, eu sou Dolores!

Retruquei:

— E eu sou Dôda. Com acento — acrescentei. — Circunflexo.

Ela deu uma risadinha:

— Eu sei.

Desde então, quando me olhava no espelho, ora eu via Dôda, ora enxergava Dolores. Frequentemente ela já estava ali à minha espera. Mas sumia tão depressa que nunca pude ver se tinha duas pernas retas ou rabo de sereia.

Às vezes ela me chamava e eu entrava para o lado de lá das coisas. Ali não era escuro nem perigoso. A gente podia brincar sossegada e inventar e fazer o que quisesse, sem ninguém para me controlar ou olhar com disfarçada pena. Lá eu era normal, caminhava direito e com leveza.

Podia até dançar.

A esse lugar chamei Casa de Dôda e Dolores.

*

Para narrar esta trama convoquei duas metades que formam uma só personagem, gêmeas siamesas que nem sabem direito por onde estão unidas, e não importa. Talvez unidas pela diferença: no espelho, Dolores, sensual, engraçada, às vezes maldosa. Ou imitando os passos de balé de minha irmã amada. Do lado de cá, eu, Dôda, a menina da perna curta, naquele desassossego querendo saber, entender, viver, e ser menos desajeitada.

Então eu era mais que uma, duas. Ou muitas, pois com o correr do tempo eu descobria, aqui e ali, dentro de mim e dos outros, alguém totalmente inesperado.

Não somos todos assim, certos e errados e bons e diabólicos e perdidos e reencontrados? “Eu sou muitos”, disse o diabo que se enfiara num possuído.

Somos muitos.

Meu pai que eu amava tinha dentro dele um agressor violento.

Minha mãe que não amava ninguém não tinha sido amada.

Meu marido e eu dividimos cama, e mesa, e filhos, mas nem nos conhecíamos.

Ninguém sabe de ninguém: inventamos nossas parcerias.

Nos anos futuros eu teria dúvidas: Dolores era invenção minha, ou ela é que tinha me construído? Ninguém sabia da existência dela: nisso estava a graça.

Perguntei:

— Você estar aí dentro não é esquisito?

— O esquisito é o melhor — ela dizia —, ao menos a gente se diverte. O certinho é tão chato.

Era o tipo de coisa que minha irmã Dália também diria, com aquela risada gostosa que por muitos anos conservou, antes de começar a mudar.

*

Nossa mãe chama com sua voz impaciente, adora fazer isso quando estou feliz lendo ou pensando:

— Dália! Dôda! Corram!

Dália vai, leve e curiosa. Eu sigo atrás, quase sempre atrasada e facilmente cansada. Nossa mãe nem pensa em chamar com mais paciência sabendo que uma das filhas sofre para caminhar e receia cair, pois tenho pouco equilíbrio. Fotos minhas de infância exibem joelho ou nariz esfolados.

— Que foi, mãezinha? — diz Dália.

A mãe, abraçada a ela, me aguarda. Era para mostrar uma bobagem qualquer. Para Dália, nada de mais. Para mim, mais um inútil sofrimento.

Lembro minha irmã pequena pendurada no pescoço de nossa mãe, sentada em seu colo deixando-se pentear e vestir mesmo quase adolescente. Dália tinha aquele sorriso aberto e sedutor. Por algum tempo lutou para ser o que nossa mãe queria dela: uma figura de cera dócil e doce, boa de ser moldada. Isso tinha suas vantagens. Mas não duraria para sempre.

Eu em compensação fugia, resistia, teimava, esperneava, levava castigo, botava a língua, ficava dura e rígida, e, quando estava muito difícil de aguentar, eu desmaiava.

(Aquele breve morrer era o meu último refúgio.)

*

Cada vez que passávamos parte do verão na casa da praia de meus avós maternos, chamada Casa do Mar, como dizia uma placa velhíssima junto do portão, eu tinha aquele pesadelo: o mar invadia tudo. As ondas que quase chegavam ao gramado, separadas dele por uma faixa de areia, no sonho se tornavam monstruosas.

— Pai, existe maremoto?

— Existe.

— E pode acontecer aqui, na nossa praia?

O pai mal levantava os olhos do livro, espiava atrás dos óculos de míope:

— Pode acontecer em qualquer lugar.

Ele não sabia que estava dando uma sentença, provocando um maremoto na alma da menina: todo o mal era possível e podia estar perto.

— E a gente percebe antes?

— Acho que não.

Então em meus pesadelos eu via o maremoto, quando ainda não se falava em tsunami: a onda era da largura do horizonte, uma faixa escura crescendo, trovejando, e chegava na praia para arrasar as casinhas, a vida, levando de roldão cadeiras, mesas, pessoas. Eu e toda a nossa pequena família. E o meu adorado pai sumia no tumulto escuro.

Eu chamava pelo pai, tentava correr até as montanhas que se viam ao longe, mas falhava, perninhas desiguais. Era levada, rolada, sufocada, boca cheia de areia e conchinhas com aqueles seres vivos dentro se movendo.

Acordava num grito, os passos do pai, sua voz aflita, o que foi filhinha, outro sonho ruim? Me levava no colo para a sala, me consolava. Logo Vovinha me trazia chocolate quente. Para ela, boa parte dos males do mundo se resolveria com um bom chocolate quente.

Nela eu confiava, então em outra ocasião contei:

— Vovinha, de noite antes de dormir eu escuto gente, vozes, elas falam, falam, mas não entendo direito, não sei o que dizer.

— Não se preocupe — ela não se alterou. — São os afogados. Eles vivem no fundo do mar, tarde da noite vêm para a beira da praia, sentam nas pedras olhando as luzes das casas. Não fazem mal a ninguém.

— Mas Vovinha, se não entendo o que dizem, o que é que eu devo fazer?

— Não tem que fazer nada. Eles só precisam de quem os escute.

— Às vezes me dá medo.

— Bobagem, menina. A gente não precisa ter medo das criaturas do mar. Nem de fantasma. Tem que ter medo é das pessoas.

Dália e minha mãe não gostavam muito de lá, às vezes ficavam em casa, na cidade, então a Casa do Mar era só minha.

Meus avós e minha mãe não pareciam pais e filha; nem pareciam parentes; nem eram amigos. Eram como conhecidos que não têm quase nada em comum. Eu me sentia muito mais ligada a minha avó do que a minha mãe. Vovinha era capaz de abrir a porta de casa usando uma daquelas máscaras bizarras.

Minha mãe detestava:

— A gente passa vergonha.

Vovinha parecia não se incomodar.

Nunca se comentava nada sobre a família de minha avó, apenas que não era da cidadezinha, nem de perto, vinha de muito longe. Alguém certa vez deu a entender que era de origem simples, filha de pescadores, coisa que minha mãe sempre negou enfaticamente.

— Vovinha, como é que vovô te conheceu?

— Ele me achou no mar — ela brincava.

Para mim aquilo era o mais plausível.

*

O mundo adulto que Dália achava uma chatice me encantava e assustava um pouco também. Os gestos disfarçados de raiva ou mágoa, os olhares rápidos e venenosos ou encantados, e as palavras. Ah, as palavras como plumas ou punhais. Eu as observava jogadas de um lado para outro durante o almoço em família que meu pai gostava de promover, aqueles tios, e tia, e algum amigo, às vezes meus avós.

Meu nariz mal chegava à tampa da mesa onde a verdade naufragava e emergiam os fingimentos.

Mas o mais interessante eram os silêncios. No silêncio tudo pode acontecer. Quem sabe o que se move em salas vazias, nas casas abandonadas, no fim de um corredor, quando não há ninguém?

É como no mar: ninguém consegue imaginar o que existe lá embaixo, coisas que nenhum mergulhador ou instrumento pode detectar: uma realidade mais real que todas.

Ou como num espelho em que não se enxerga uma perninha mais curta, e ela não significa nada — porque ali pulsa uma outra realidade.

*

Dôda e Dolores são duas.

Sou duas.

A transgressora que abre braços e pernas e se derrama de dentro do obscuro caldeirão das minhas fantasias, e a cumpridora que aqui não sabe viver. Dolores sempre espreitou tudo, rindo sozinha. Dôda morria a cada hora, de abandono e rejeição.

Dolores botava a língua para as professoras quando estas não viam, errava até na ortografia, de propósito, para enfrentar ao menos assim toda aquela autoridade que não lhe deixava uma frestinha para respirar.

Dôda não quis aprender a arrumar a cama sem deixar uma ruga, a bordar sem que aparecessem nós no avesso, a caminhar comedidamente, a não rir alto, a ser como todas as meninas comportadas que davam alegria a suas mães.

Dolores e Dôda foram me criando, traço a traço, ponto a ponto, como o boneco que desenhei para meus filhos pequenos e minha avó Vovina desenhava para mim: ponto, ponto, vírgula, risquinho... em torno um círculo, aqui e ali uma orelha pequenina... em cima o cabelinho, e pronta está a minha menina!

6.2. Traducción del capítulo seleccionado (ES) – Espejos que observan

Al final del pasillo

un espejo de pie es una casa

de cristal;

un espejo tumbado es un mar,

el abismo.

En ambos algo me observa

lamiéndose tranquilamente las patas.

Él es la vida y la muerte,

reales

o con disfraces excéntricos:

¿a quién le importa la verdad?

Siempre es invención de alguien.

(Y los ojos de mi tigre son azules).

Un hombre coge su revólver del estante más alto y lo pone bajo la almohada. Y piensa antes de quedarse dormido: Necesito ser alguien.

Una mujer abre los ojos en la oscuridad y piensa: Necesito encontrar a alguien.

Una madre sostiene en brazos a su bebé recién nacido y no entiende por qué su carita está cubierta de gasas.

Una niña sueña que tiene las dos piernas iguales.

*

(En una habitación de hospital donde alguien va a morir, no hay espejos.

La muerte no necesita verse).

*

Observo y tomo nota.

Hablo y escribo.

Sangro.

Sangro este relato como si manara de las venas abiertas de mis muñecas.

Cuando estuvieron de buen humor, los dioses abrieron sus manos y volcaron sobre la tierra los océanos con todos sus secretos, los campos por donde corre el viento, los árboles con mil voces, las manadas, las bandadas... Y, para complicarlo todo, a las personas.

Pero ¿dónde está todo el mundo? Intentando anesthesiarse u obtener respuestas, atados a las mismas preguntas incansables: ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Cuánto? ¿Por qué? ¿Por qué yo?

Yo, la chica de la pierna corta, hablaba con la chica del espejo y criaba un cachorro de tigre al fondo del patio.

Cuando echaron mi suerte, los dioses estaban sombríos.

Y así comienza esta complicada historia.

*

Mi madre, que no me quería, tuvo dos hijas:

A la primera la llamó Dalia, como en una novela que había leído hacía años. Quería ponerles a todas sus hijas el nombre de una flor. Solo deseaba hijas. Mi padre estaba de acuerdo con todo, y si alguna vez quiso un hijo, nunca lo dijo.

Se entregó a Dalia. Mi madre decía que era una niña alegre, dulce y fácil de criar. Terminó convirtiéndose en una hermosa adolescente de ojos negros, que mostraban destellos dorados cuando reía. La madre amó a su hija hasta el final, a pesar de todas las malas rachas, con un amor obsesivo que terminó por separarla de su lado.

Mi hermana siempre se quejó:

— ¿Dalia? ¿Quién conoce esa flor? Solo aparece en las novelas antiguas o en esos jardines de pueblo, es de viejas, odio mi nombre de vieja —después añadía—: Pero adoro a nuestra anciana Vovina.

Todo el mundo quería a nuestra abuela, tan diferente de su única hija, nuestra madre. Le gustaba llevar grandes y coloridos chales de seda que mi abuelo marinero había traído de alguno de sus viajes y tenía unos ojos ambarinos de gato que se entrecerraban cuando estaba a punto de decir algo importante, cuando se reía o cuando reflexionaba.

(O cuando me miraba rápidamente como diciendo «lo sé, lo sé»).

*

Yo fui la segunda hija. Mi madre me llamó Dolores. Un nombre oscuro, lleno de sombras y lágrimas, lleno de ese sonido de «ô»³ tan lúgubre. Eligió ese nombre porque, según decía, había sufrido mucho cuando me trajo al mundo. Yo se lo hice pasar mal desde que nací, siempre lo haría, porque nací tal como soy.

Todos me llaman «Dôda» porque mi hermana, que era muy pequeña, no sabía decir Dolores y decía Dôda.

En el colegio los niños decían Dôda, Dóda o «que se joda». Terminé acostumbrándome, pero siempre escribo mi nombre con acento circunflejo.

³ El acento circunflejo «^» se usaba en palabras que tenían una vocal tónica cerrada, sin embargo, en las reformas ortográficas del siglo XX, específicamente en la Reforma Ortográfica de 1943 y la de 1990, se eliminó el uso del acento circunflejo en ciertos casos como este. El hecho de que la autora lo mantenga es una forma de hacer un especial inciso en la pronunciación que se debe hacer en esa vocal.

Yo era en todos los sentidos lo contrario a Dalia: rebelde, difícil, confusa, atrapada en mis fantasías, oscilando entre la euforia y la tristeza.

Además, nací con un defecto: una de mis piernas es más corta que la otra. No por mucho, pero me hace andar de forma rara, ligeramente inclinada hacia un lado.

Algunas personas, como mi madre, opinan que ese defecto me define, igual que te define ser de un pelirrojo oscuro o el tener los ojos grises. Solo que esto es algo peor. Creo que nunca me perdonó por ser una de las muchas decepciones que arrugaron su frente y doblaron hacia abajo las comisuras de su boca, la cual nunca me dedicaba una sonrisa.

*

Por detrás de la casa, al fondo del patio, había unos cuantos árboles. Había uno muy especial que yo decía que era mío. En ese árbol me sentaba a leer, a jugar, a no hacer nada. Más adelante nadie se acordaría de él: los recuerdos de la gente se tornan borrosos con el tiempo.

Allí encontré un gato acurrucado entre unas raíces.

Me agaché y lo cogí en brazos, era grande y pesado. No era un gato: era un cachorro de tigre. Tenía rayas oscuras, aún pálidas, en su pelaje dorado. Pero no parecía peligroso. Se acurrucó en mi regazo y ronroneó.

Fui a casa a por pan y leche y volví lo más rápido que pude; caminar para mí no era como para otros niños. Se había ido. Dejé ahí la vieja latita llena de comida. A última hora de la tarde escapé de la vigilancia de mi madre y regresé, la lata estaba vacía. Mi tigre se había aliado conmigo.

No se lo dije a nadie. Si se enteraran, querrían llevarlo a un zoológico.

Ni siquiera se me ocurrió pensar que no había tigres en los patios traseros (solo, tal vez, en las profundidades de un espejo), y que todo aquello era imposible. Igual que Vovina, yo creía en lo imposible. A ella le gustaba decir:

— ¿La realidad? Qué tontería. Cada uno inventa la suya.

(Casi se me olvidó mencionar que mi pequeño tigre tenía los ojos azules).

*

De pequeña descubrí que los espejos nos observan. Cuando lo comenté, todo el mundo se rio, era una más de mis alocadas ideas.

— Esta niña tiene demasiada imaginación —decían.

Vovina ni se sorprendió ni hizo ningún comentario.

En mi habitación, que estaba separada de la de Dalia desde que éramos pequeñas porque, según decía nuestra madre, ella merecía cuidados especiales ya que iba a ser una famosa bailarina, había una especie de tocador con un espejo. Tirábamos de un tablero y ahí me quedaba dibujando o creando historias.

Me miré mucho en aquella superficie sin olas: quería descubrir cómo me veían los demás. Quién era yo después de todo. La gente alababa mi pelo rojo oscuro, liso y espeso, mis ojos de un gris muy claro. Mi boca, mi nariz, nada era feo ni desentonaba.

Extendía las manos, analizaba su reflejo, eran realmente bonitas.

(Sentada, no se me veían las piernas).

Una vez tuve la impresión de que la chica del espejo me estaba mirando. Cerré los ojos, dejé el lápiz y salí de la habitación sin mirar atrás. Solo estaba cansada, eso era todo. Era una fantasía, un sueño.

Pero aquello volvió a pasar y terminó convirtiéndose en costumbre: había una chica en el espejo que era igual que yo, sin embargo, no era yo. Cada vez que se movía de forma diferente a mí, o me miraba fijamente, se me erizaban los pelos de la nuca, al igual que los de los brazos; entonces cerraba los ojos y salía corriendo, a veces incluso tirando la silla, sin valor para regresar a levantarla.

Con el tiempo me acostumbré y nos observábamos la una a la otra. Al principio, en silencio. Ella me imitaba, pero de forma inesperada hacía justamente lo opuesto a mí, como quedarse quieta mientras yo hacía un gesto.

Fui perdiendo el miedo, que se convirtió en curiosidad.

La provocaba:

— Voy a sonreír ahora. Dudo que tú no sonrías.

Un día le pregunté, sin demasiada seguridad de que fuera a recibir una respuesta:

— ¿Cómo te llamas?

Fue muy extraño oír su voz cuando me contestó:

— Oye, soy Dolores.

Repliqué:

— Yo soy Dôda. Con acento —añadí—. Circunflejo.

Soltó una risilla.

— Lo sé.

Desde entonces, cuando me miraba en el espejo, unas veces veía a Dôda y otras a Dolores. A menudo la encontraba a ella ya ahí esperándome. Pero desaparecía tan rápido que nunca supe si tenía dos piernas iguales o una cola de sirena.

A veces me llamaba y yo entraba al otro lado de las cosas. Allí no estaba oscuro ni era peligroso. Podíamos jugar tranquilamente, imaginar y hacer lo que quisiéramos, sin que nadie me controlara ni me mirara con disimulada lástima. A ese lado yo era normal y caminaba derecha y con agilidad.

Incluso podía bailar.

A ese lugar lo llamé «la Casa de Dôda y Dolores».

*

Para narrar esta historia, he reunido a dos mitades que forman un solo personaje, siamesas que ni siquiera saben por dónde están unidas, y no importa. Quizá las unen sus diferencias: en el espejo, Dolores, sensual, divertida, a veces maliciosa. O imitando los pasos de *ballet* de mi querida hermana. A este lado, yo, Dôda, la chica de la pierna corta, con esa necesidad de saber, entender, vivir y ser menos torpe.

Así que yo era más que una, era dos. O muchas, ya que con el paso del tiempo descubriría tanto aquí como allí, dentro de mí y dentro de los demás, a alguien totalmente inesperado.

¿No somos todos así? Hacemos lo correcto, lo incorrecto, somos buenos, diabólicos, estamos perdidos y después nos reencontramos. «Yo soy muchos», dijo el diablo que se había metido en el cuerpo de un hombre poseído.

Todos somos muchos.

Mi padre, a quien yo quería, tenía un agresor violento en su interior.

Mi madre, que no quería a nadie, no había sido querida.

Mi marido y yo compartimos cama, mesa e hijos, pero ni siquiera nos conocíamos.

Nadie sabe nada de nadie: cada uno se inventa sus compañeros.

En los años venideros me surgirían dudas: ¿era Dolores una invención mía o me había construido ella a mí? Nadie sabía de su existencia: eso era lo divertido.

Pregunté:

— ¿No es raro que estés ahí dentro?

— Lo raro es lo mejor —decía—, al menos nos divertimos. Lo correcto es muy aburrido.

Era el tipo de cosas que también diría mi hermana Dalia, con esa risa encantadora que mantuvo durante muchos años antes de que empezara a cambiar.

*

Nuestra madre nos llama con su voz impaciente, le encanta hacerlo cuando estoy tranquilamente leyendo o pensando:

— ¡Dalia! ¡Dôda! ¡Corred!

Dalia acude, ágil y curiosa. Yo la sigo detrás, casi siempre tarde y cansándome con facilidad. Nuestra madre ni siquiera piensa en llamarnos con más paciencia, sabiendo que a una de sus hijas le cuesta andar y teme caerse, ya que tengo poco equilibrio. En las fotos de mi infancia se me pueden ver la rodilla o la nariz con rasguños.

— ¿Qué pasa, mami? —dice Dalia.

La madre, abrazada a ella, me espera. Quería enseñarnos una chorrada cualquiera. Para Dalia, nada del otro mundo. Para mí, un sufrimiento inútil.

Recuerdo a mi hermana pequeña colgada del cuello de nuestra madre, sentada en su regazo y dejándose peinar y vestir a pesar de ser casi una adolescente. Dalia tenía esa sonrisa amplia y seductora. Durante un tiempo luchó por ser lo que nuestra madre quería que fuera: una dulce y dócil figura de cera, buena para moldear. Eso tenía sus ventajas. Pero no duraría para siempre.

Yo, en cambio, huía, me resistía, era terca, pataleaba, me castigaban, sacaba la lengua, me ponía rígida y tiesa y, cuando ya era demasiado duro soportarlo, me desmayaba.

(Esa breve muerte era mi último refugio).

*

Cada vez que pasábamos parte del verano en la casa de la playa de mis abuelos maternos, llamada «la Casa del Mar», como anunciaba un cartel muy antiguo junto a la puerta, yo tenía la misma pesadilla: el mar lo arrasaba todo. Las olas que casi llegaban hasta el césped, separadas de él por una franja de arena, se volvían monstruosas en mi sueño.

— Papá, ¿los maremotos son reales?

— Sí, hija, lo son.

— ¿Y podría haber uno aquí, en nuestra playa?

El padre apenas levantó los ojos del libro, escudriñando tras sus gafas de miope:

— Puede haber uno en cualquier sitio.

No se dio cuenta de que estaba dictando sentencia, provocando un maremoto en el alma de la niña: todo mal era posible y podía estar cerca.

— ¿Y nos damos cuenta antes de que ocurra?

— Creo que no.

Desde entonces, en mis pesadillas, veía el maremoto, cuando aún no se hablaba de tsunamis: la ola tendría la anchura del horizonte, una banda oscura que crecía, atronadora, y llegaba a la playa para arrasar las casitas, la vida, llevándose sillas, mesas y personas. A mí y a toda nuestra pequeña familia. Y mi amado padre desaparecería en el oscuro tumulto.

Yo llamaba a mi padre, intentaba correr hacia las montañas que se veían a lo lejos, pero no lo conseguía, las piernas me fallaban. Acababa siendo arrastrada, asfixiada, con la boca llena de arena y conchas con todos esos seres vivos dentro moviéndose de un lado a otro.

Me despertaba gritando, los pasos de mi padre, su voz angustiada, ¿qué te pasa, hijita, otra pesadilla? Me llevaba en brazos al salón, consolándome. Luego Vovina me traía chocolate caliente. Para ella, la mayoría de los males del mundo se resolverían con un buen chocolate caliente.

Confiaba en ella, así que una vez le dije:

— Vovina, por la noche, antes de dormir, oigo a gente; sus voces... Hablan y hablan, pero no las entiendo muy bien, no sé qué pensar.

— No te preocupes —dijo sin alterarse—. Son los ahogados. Viven en el fondo del mar, por la noche se acercan a la orilla de la playa, se sientan en las rocas mirando las luces de las casas. No hacen daño a nadie.

— Pero Vovina, si no entiendo lo que dicen, ¿qué se supone que debo hacer?

— No tienes que hacer nada. Solo necesitan que alguien los escuche.

— A veces me da miedo.

— Tonterías, niña. No hay que temer a las criaturas que vienen del mar. Ni a los fantasmas. De lo que debemos tener miedo es de las personas.

A Dalia y a mi madre no les gustaba mucho estar allí, a veces se quedaban en la casa de la ciudad, por lo que la Casa del Mar era solo mía.

Mis abuelos no parecían los padres de mi madre, ni ella parecía su hija; no parecían parientes; ni siquiera eran amigos. Eran como conocidos que no tenían casi nada en

común. Me sentía mucho más unida a mi abuela que a mi madre. Vovinha era capaz de abrir la puerta de casa llevando una de esas extrañas máscaras.

Mi madre lo odiaba:

— Das vergüenza.

A Vovinha parecía no importarle.

De la familia de mi abuela nunca se hablaba nada, solo que no procedía del pueblo, ni siquiera de cerca, más bien de muy lejos. Alguien sugirió una vez que era de origen sencillo, hija de pescadores, algo que mi madre siempre negó rotundamente.

— Vovinha, ¿cómo te conoció el abuelo?

— Me encontró en el mar —bromeaba.

Pero para mí eso era lo más razonable.

*

El mundo adulto que a Dalia le parecía aburrido a mí me encantaba y al mismo tiempo me asustaba un poco. Los gestos disfrazados de ira o dolor, las miradas rápidas, venenosas o encantadas, y las palabras. Oh, las palabras como plumas o puñales. Solía ver cómo las lanzaban durante las comidas familiares que a mi padre le gustaba organizar con los tíos y la tía, algún amigo, a veces mis abuelos.

Mi nariz apenas llegaba a la parte superior de la mesa donde naufragaba la verdad y emergían las falsedades.

Pero lo más interesante eran los silencios. En el silencio puede pasar cualquier cosa. ¿Quién sabe lo que pasa en las habitaciones vacías, en las casas abandonadas o al final de un pasillo cuando no hay nadie?

Es como en el mar: nadie puede imaginar lo que hay ahí abajo, cosas que ningún buceador o instrumento puede detectar: la realidad más real de todas.

O como en un espejo donde no puedes ver una piernita más corta, y esta tampoco significa nada; porque hay otra realidad latiendo allí dentro.

*

Dôda y Dolores son dos.

Soy dos.

La transgresora que abre los brazos y las piernas y se derrama por el caldero oscuro de mis fantasías, y la cumplidora que no sabe vivir aquí. Dolores siempre miraba todo, riendo sola. Dôda moría cada hora de abandono y rechazo.

Dolores les sacaba la lengua a las profesoras cuando no la estaban viendo, incluso cometía faltas de ortografía a propósito, para combatir de alguna forma toda esa autoridad que no le daba ni un suspiro.

Dôda no quiso aprender a hacer la cama sin dejar ni una arruga, a bordar sin que aparecieran nudos en el interior, a andar con prudencia, a no reírse a carcajadas, a ser como todas las niñas buenas que hacían felices a sus madres.

Dolores y Dôda me fueron criando, trazo a trazo, punto a punto, como el muñeco que dibujaba para mis hijos pequeños y que mi abuela Vovina dibujaba para mí: punto, punto, coma, rayita... alrededor de un círculo, aquí y allá una orejita... Encima el pelito y, ¡lista mi niña!

6.3. Capítulo de la obra original (PT) – *O tigre espera*

Entre mim e a sedução do mar

não avanço nem fíco: escuto.

Quando devo decidir, espero:

a escolha pode ser a morte,

e ainda não quero me suicidar.

Entre mim e tudo, um fino espelho.

Moro nas duas faces: assim

não pertenço a nenhuma.

Não me pedem cor de olhos

nem datas nem perfil:

o que importa são as perguntas.

(Não saber é melhor do que saber.)

Quando pensei estar fazendo todas as coisas certas e boas (porque não sabia de nada), dirigindo o carro, examinando casos do escritório ou dobrando roupas nos armários, eu surpreendia em mim fantasias que pareciam memórias reais, como as pessoas dispersas que tinham sido importantes e nem apareciam mais, ou se confundiam com experiências talvez verdadeiras.

(Vovina diria que não fazia diferença.)

Delas participavam aqueles tios alegres e barulhentos, tia Carola com a namorada, meu pai com suas melancolias e seus segredos, o eventual cheiro de bebida e os rompantes, Dolores a do espelho, vivências alegres com Dália antes de tudo desmoronar porque os dedinhos do pequeno ciclope arranhavam sem parar a alma dela.

— O destino foi muito duro com ela, Vovina — comentei certa vez na praia —, depois que se livrou daquele tormento que era a nossa mãe, foi lhe acontecer aquele horror.

— Destino nada, minha filha — sentenciou Vovina. — Escolhas que a gente faz. Escolhas, escolhas!

— Mas, Vovina, aquilo foi uma fatalidade, ninguém escolhe ter um bebê deformado!

Ela pensou um pouco e concluiu:

— Às vezes a fatalidade escolhe a gente.

*

No tempo determinado em que se amadurece, que tanto faz serem os anos de ouro ou chumbo, decidi desenrolar esse maço desconstruído de alegria e dor e susto e medo.

Quando eu só queria fingir na superfície, meu pensamento se enfiou atrás da máscara conhecida, e senti:

— De que estou me queixando? Eu construí com essa argila, tramei com esses fios, bordei, pinte, esculpi com dor e êxtase, com o trabalho das horas de viver uma vida.

Esta sou eu: Dôda.

Eu escolhi ser essa.

Mas em minhas fantasias às vezes de novo quero ser Dolores, o desencontro o desdito o transverso o avesso. A mentira mais real que a verdade.

Antes que alguma outra hora chegue, qualquer hora melhor do que esta, eu hesito. Fiz isso durante toda a minha infância, e juventude, até me adaptar ao que chamavam uma existência pacata e útil, com uma rotina certa e afetos sossegados. O maior tumulto era o jantar dos filhos, o boletim da escola, o vestibular, o medo da droga, de acidentes de carro, todas as coisas que atormentam uma mãe. O marido querendo se aposentar, eu ainda gostando do meu trabalho: amor e ódio, uniões e separações, mágoa, frustração, desejo de vingança, crueldades de que em tempos normais aquelas pessoas jamais seriam capazes.

*

Hora tenebrosa.

Passados tantos anos que eu julgava bons, em que me senti segura, amada e valorizada, dispensadas as velhas fantasias que me ajudavam a viver, descobri que meu marido estava tendo um caso.

Como a gente descobre que o tédio venceu outro também, e o dominou e assustou, que ele, como a gente, precisa de alegria ou delírio, como a gente precisa — mas a gente se controla, supera, sublima, e ele não? Eu soube por recados indiretos, olhares, alusões de outras pessoas, ou por cheiros, ausências, um jeito dele todo diferente, me olhava como se tivesse medo de ser descoberto.

De repente não era mais meu marido, meu parceiro de tantos anos, pai de meus filhos, ele.

Era outro.

Dentro dele outro fervia, e não era por mim. Mais uma vez eu não quis ver.

Eu me neguei a saber.

Alguém — sempre tem alguém — do trabalho certa vez aludiu a isso, estavam vendo meu marido com outra mulher. Num bar, num restaurante, numa esquina.

Entrando em um hotel.

— Mas ele não vai a bares, e restaurante só às vezes, comigo, e olhe lá! — respondi fingindo achar graça. (Me olharam com pena?)

Mas a semente estava lançada, criava vida e se movia em mim o verme da suspeita. Fiz o que faziam tantas mulheres que eu atendia em meu escritório, quando a desconfiança corria entre elas: mexi na pasta dele, nas suas gavetas, no seu celular quando ele tomava banho, cheirei sua roupa, escutei na extensão do telefone fixo, e não senti nenhuma vergonha por isso.

E um dia o interpelei:

— De quem é esse número que aparece tanto no seu celular?

— Você anda investigando minhas coisas? — ele perguntou, olhos se desviando inquietos.

— Não, eu só tinha deixado o meu no escritório, precisei ligar do seu.

Ele deu uma resposta qualquer, era mentira, eu senti que era mentira, juraria por meus filhos. Insisti mais vezes, começava a me desesperar. Como todos, como sempre, ele negava com firmeza, você está louca.

Louca, apelei para os filhos, a quem ele disse com ar divertido e cúmplice, como acontece entre homens:

— A mãe de vocês está doida. Isso passa. Todas ficam assim, são os hormônios, é a menopausa.

No começo eles também acharam graça. Eram bons rapazes, gostavam da mãe e do pai. E vieram falar comigo:

— Imagina, mamãe, o pai está ficando velho, está sossegado, nem quando moço te traiu, a gente tem certeza. Não invente coisas que não existem!

*

O que estava enfiado em mim, o que me varou e não sairia nunca mais, deixou uma ferida aberta com sangue e imundície escorrendo cada vez que eu lembrava. Lembraria o tempo todo por muito tempo.

A outra não era uma desconhecida. Não era um caso eventual — que mesmo assim teria me rasgado ao meio. Não era nada que eu pudesse atribuir a uma crise, fingir que ignorava, chorar e deletar.

A outra, a amante de meu marido, tinha nome de flor: a irreverente, a perdida, minha protetora na infância, meu ídolo na adolescência, minha preocupação todos os anos depois. Foi fácil descobrir, a verdade veio até mim, me atingiu como um bote de serpente desejosa de me envenenar.

Dália estava bêbada quando me ligou com aquela voz pastosa que me assustava:

— Boboca, você toda certinha, achando que é grande coisa, saiba que passei duas horas com teu marido esta tarde.

Não compreendi, perguntei, o quê, o quê? e ela repetiu debochada:

— Estive hoje na cama com seu marido. Duas horas. Quase a tarde inteira.

Desliguei na cara dela, era só o que me faltava. Bêbada de novo, ou drogada, a ideia era tão absurda que eu quase dei risada. Fui preparar o jantar, mas uma febre maligna corria no meu sangue.

Dália telefonou de novo. Desta vez escutei sem desligar, dor e raiva subindo feito maré quando chega a sua hora e nada detém.

Então falei:

— Você está é com inveja de mim, Dália, eu com tudo certo, casa, filhos, marido, apesar de meu defeito eu dei certo. E você aí, que foi bonita e invejada e amada, olha o que se

tornou. Nenhum homem decente ia te querer hoje, só esses garotões que você agora arruma e paga.

Falei já me arrependendo da maldade pois ainda não queria acreditar. Mas minha irmã, diabolicamente, me descreveu um detalhe da intimidade dele que só eu no mundo inteiro podia saber.

Toda a vida organizada, cumprida, construída, desmoronou. Em todos os espelhos do mundo ecoaram risadas que pareciam cacarejos. Caía em cima de mim uma alta torre de pedra, ouvi meus ossos sendo triturados. Aquela onda era poderosa demais, não havia como me encolher e esperar que passasse: ela me levaria até o fundo, me esfregaria na areia, me largaria na praia esfolada e quase morta.

Larguei o telefone e me sentei no chão e chorei em grandes soluços de criança magoada, até ficar exausta.

Sabendo que de nada adiantaria.

Sabendo que era verdade.

Sabendo que eu não tinha sabido de nada.

Quando meus filhos chegaram não havia jantar nem luz acesa. Me interrogaram assustados, mãe, você está bem? Você caiu? Você está doente?

Mas eu me deixei ficar ali sentada no ladrilho da cozinha, e não lhes expliquei nada. Eu só queria morrer.

*

Quando meu marido entrou em casa desabafei.

Me levantei do chão, descabelada e desfeita, e ali mesmo, na frente dos filhos que acorreram, entre panelas e pratos e talheres e as coisas mais concretas e familiares de minha vida, eu gritei, arquejei, gemi, lembrei da agonia de minha mãe agarrada ao marido morto talvez tardiamente amado.

Eu me agarrava à minha vida morta, minha ilusão, minha coragem, o melhor de mim, morto, cuspidos em cima, coberto de urina e fezes e monstruosidade pelo homem que

eu amava e pela irmã. Fui vulgar, gritei coisas horríveis, acusei, não me importava ser justa ou injusta, eu estava ferida de morte.

Nenhum insulto seria suficiente para recobrir aquele opróbrio, dormindo com minha irmã e voltando para a nossa cama.

*

Nos dias seguintes ele ainda tentou negar. Mentia de um jeito insistente, mas seu olhar já não era franco, ele nervosamente mentia. Eu queria, ardentemente queria ainda acreditar que tudo tinha sido um erro impensado dele, ela o havia tentado para essa aventura que acabaria mal, nossa vida continuaria como antes. Ou era tudo invenção de minha irmã, suspeita minha infundada, quem sabe, quem sabe.

Não tenho como descrever o vazio que se escancarava diante de mim, dentro de mim, um ir e vir de dúvidas, um tumulto de sentimentos, um tipo de loucura.

Por alguns dias fomos patéticos, ambos transtornados, mas finalmente ele parou de negar — e sem explicações se foi. Como se há muitos anos esperasse aquela chance de mudar, de viver, pegou suas coisas, mandou buscar o resto, não vi quando se despediu dos filhos espantados, mas já eram homens e logo também iam viver suas vidas.

Eu me enxerguei como aquelas tantas mulheres cheias de ódio que faziam de tudo para arrasar com aquele a quem um dia tinham amado, com quem haviam construído uma vida, e agora não queriam liberar por mais que o casamento estivesse acabado. Por fim o marido, cansado de discutir ou de fingir, acabava partindo.

— Eu divido minha cama com a outra, mas divórcio não vou dar nunca! — me disseram mais de uma vez em meu escritório.

Mas para ele não havia mais negociação, já estava longe, já estava distraído.

Meus filhos, como os filhos daqueles casais, não tinham culpa de nada, não haveriam de pagar o preço por erros que eram nossos.

Ou meus?

Por que de repente um bom homem procura amor, sexo, calor, fora de casa? Por que de repente se tornou um canalha? Ou por que aquilo que a mim servia o deixava infeliz e

nunca falamos sobre isso? Por coisas que nem percebi, momentos que ignorei, perguntas que não respondi porque não lhes dei valor, eu estava ocupada, estava distraída, eu não estava lá?

Ou desde sempre aquela tinha sido uma escolha errada, errada para nós dois, mas a gente não sabia?

*

Minha companheira permanente daquele tempo, a dor da alma, mais cruel que a cotidiana dor do corpo: aquela daquele jeito era nova e eu não sabia o que fazer. A dor de ser traída por pessoas que me eram as mais chegadas, que mais me conheciam, que tinham de me amar, e cuidar como eu cuidava delas... a dor. As dúvidas, as acusações, os questionamentos sobre mim mesma, e nunca chegar a conclusão alguma, porque eu estava transtornada demais.

Fases terríveis, fases suportáveis. O cotidiano reclamava, eu tinha obrigações, a casa não podia desmoronar, havia o escritório, os filhos homens ainda morando comigo.

Eu nem ao menos tinha Dália, a traidora, para chamar, nem Vovina para dizer: estou morrendo de tanto sofrer, me ajuda. Pois Vovina também tinha morrido: a empregada que agora morava na casa, acordando de manhã, a encontrou no sofá da sala, enrolada no seu mais belo xale.

Vovina tinha se enfeitado para encontrar seu marinheiro. E se fora.

*

As pessoas morrem demais.

A morte: o que ela faz com a gente. Arranca as entranhas, te deixa vazia, por dentro só uma ferida aberta, mucosa inflamada e suja. Você só por obrigação se arrasta num mundo irreal, queria mesmo era ficar na cama. Pessoas chegam, falam, tocam você, dizem coisas sem sentido, o mesmo de sempre, reaja, a vida continua, o mundo não acabou, ele ou ela queria que você continuasse vivendo bem.

Vão embora. Alguma fica por perto, medo de que a gente se mate? Tiram a chave do quarto para a gente não se matar?

Depois de algum tempo você tem de fingir que está quase normal, tripas, coração e cérebro no lugar outra vez. Mas é mentira. A dor não cessa, nem quando a gente dorme. Dormindo diminui, sonhos tão reais, com a pessoa perdida. Acordar é o recomeço da tortura, a primeira sensação, escutar um carro lá fora, alguém falando na sala, baixinho para a gente não se perturbar e continuar dormindo, viúva, órfão, sem filho, incomoda menos, preocupa menos, quando dorme.

Aí a gente emerge devagar ou num soco das águas mornas do sono, ou fundo de poço, e de repente a realidade como um sol ofuscando as retinas: ele morreu. Ela morreu.

A morte é uma traição.

Coração, estômago, tripas, tudo se contorce, a gente se contorce como um verme largado na laje quente ao sol.

As pessoas morrem demais e de tantas maneiras.

Se foi, se foram, nunca mais. Nunca mais o rosto, a voz, o cheiro, o toque, a risada, o pranto, nunca mais o amor, ou a preocupação, nem as discussões, nunca mais.

Vazio. Vazio. Vazio. Quando os espelhos ficam cegos porque a gente perdeu a alma para o lado da sombra. Última esperança de que seja mentira, a gente abre os olhos, diz alguma coisa, chama um nome, e alguém entra no quarto com aquele olhar ansioso e compungido. Mas nunca é o que morreu ou que traiu.

Aí sabemos que, sim, a gente está de castigo, está no escuro, está no nada.

*

Dália com seu corpo forte e suas pernas iguais — como eu não tinha percebido, desconfiado de nada? Chegava usando, apesar da idade, vulgares vestidos e saias curtíssimas que ficava puxando para baixo. Por um pudor sem sentido, ou para provocar mais?

— Como você continua antiquada, mana! — dizia quando eu comentava.

Vi algum olhar malicioso de meu marido sobre ela? Houve sussurros, trejeitos, jeitos dos dois, que eu nunca notei, eu, preocupada com a minha vida certinha?

Certamente era longe de mim que se encontravam, quem sabe se consolavam, ela do bebezinho monstro que não a largava, ele da mulher convencional, chata e torta que a vida lhe destinara. Eu lhes desejei todo o mal do mundo, me senti pior do que a mais vingativa cliente de meu escritório, arquitetava maldades, às vezes tinha esperança de que tudo houvesse sido um louco engano, tudo se explicaria, tudo voltaria a ser como antes.

Mas quem poderia me dar isso, o meu porto falsamente seguro, não existia mais: aquele que dormia a meu lado há anos, me acolhia em seu abraço, me acalmava quando eu estava nervosa, ria de mim quando eu me achava velha, e manca, e feia, e me abraçava dizendo, vem cá, você é a minha de sempre — aquele em que eu confiara de maneira absoluta agora dormia e ardia com outra mulher em outra cama — e era minha irmã.

*

(As gotas que mantêm um resto de vida pingam como chuva fina e lenta. Nada se move nos cantos do quarto, mas eu sei que algo ali espera a sua vez, lambendo os beijos.)

*

Nunca mais nos encontramos. Me mandava o dinheiro regular para os filhos embora eu não precisasse, saía com eles frequentemente, e dormia com Dália. Confiança, entrega, aconchego, hipocrisia, crueldade, traição, a trama infeliz que tantas vezes se desenrolara no meu escritório, se gravara nos papéis, eventualmente me espantava ou entristecia, pobre gente, bizarras aflições humanas. Agora aquele enredo era a minha história, eu desastrada personagem.

Os dois eram felizes, eram alegres, eram serenos na quase velhice? Deliravam, eram sensuais, quando excitados riam de mim, faziam planos, tinham um futuro que eu não tinha mais?

Eu nunca soube. Desejava ardentemente que não. Roguei todas as pragas, inventei e quis aplicar todas as torturas, ambicionei para eles todos os males, sabendo que não ia adiantar.

E assim eu conheci a morte mais que a morte.

Foi como se todos os espelhos do mundo estivessem cobertos por panejamentos escuros: um luto universal.

Agora eu não era ninguém, nem mesmo uma invenção.

*

Não foi simples, não foi fácil, não me seria dado o presente de me transformar em nuvem, espectro, coisa enfiada atrás de um espelho mágico, correndo feito menina num bosque acolhedor ou nadando nua num imaginado mar sensual. Ali era preciso enfrentar.

O cotidiano rolava com seus pequenos aborrecimentos e deveres, as contas, as dúvidas e as dívidas, e mínimas satisfações que aos poucos foram retornando. Combinar com a empregada a comida dos filhos, ver a roupa deles. (Surpreender-me com uma camisa do traidor no armário, enterrando o rosto nela, aspirando o cheiro familiar que eu tanto tinha amado, que me tranquilizava e me despertava ainda depois de muitos anos, uma sensualidade que eu pensava ter perdido.)

Foi difícil me recuperar. Algumas amigas ou colegas de trabalho vinham, me animavam, sentavam comigo, era um luto, um velório — alguma coisa além de mim como eu me conhecia, ou me imaginava, tinha acabado.

Nessa fase retomei minha velha intimidade com os livros, a sala era forrada deles, muitos eu levava para a Casa do Mar onde ainda passava fins de semana, e às vezes os meninos traziam algum amigo, as namoradas. E fiquei ainda mais ligada ao mar, sentada na pedra mais alta me perdia na contemplação daquele eterno movimento:

— É a respiração do mar — meu avô dizia. — A respiração do mundo.

O fluxo da vida é singularmente persistente: essa voz que chama, chama, e não brota apenas da sombra mas de uma pequena faixa de horizonte.

Sem perceber, num longo, longo tempo eu fui me recompondo.

*

Dália e meu marido não ficaram juntos. O destino dele eu não quis saber, se um de meus filhos tenta comentar eu digo que não quero saber de nada.

— Para mim seu pai morreu. Respeite isso.

Eles respeitavam.

De Dália tinha vagas notícias, envelhece tristemente, sempre com algum garotão ao lado. Mora com nossa mãe que ainda a idolatra e desculpa.

Dália não se importa com nada.

E eu não me importo com ela.

Mudei muito, mudei.

Estou mudando.

Minha perna voltou a me incomodar. Ou eu voltei a pensar nela.

Evito olhar demais no espelho.

*

As afogadas balançam ao movimento no alto, pés enredados nas algas; de suas bocas abertas saem borbulhas como palavras. Como beijos? De seus olhos escorrem lágrimas que formam a água salgada, li isso em algum poema perdido na memória. Nem sonho nem passado me ajudarão.

A realidade não existe, Vovina?

A Casa do Mar existe, resiste, às vezes fico lá por alguns dias. Nunca mais escutei as vozes que falavam comigo quando eu não conseguia dormir. Mas as mágoas e as memórias, essas falam sem parar. Movem-se pelos cantos, pelos quartos, no pequeno jardim malcuidado atrás da casa. Dores do presente e figuras do passado, quebra-cabeças que nunca vou conseguir compor, tudo desencaixado, peças flutuando como balões sem rumo.

Vai ver, o mundo real era aquele onde criei Dolores. Os outros, os de fora, os da vida, apenas imitam seus gestos, emoções e pensamentos, e agitam braços e pernas conforme o desenho que alguém esboça.

*

O que diria meu ex-marido se eu também o convocasse para aqui falar? Que a vida estava demais desinteressante?

Que eu demais me dedicava ao cotidiano, e ele teria curtido alguém mais sonhador, mais misterioso, um pouco menos banal — embora sempre dissesse que era um homem banal e gostava do simples e descomplicado.

Quem sabe aquele arrefecimento do fervor na nossa intimidade não era natural, normal num longo convívio, e ele sentisse falta daquela que fui no começo, mais sensual, mais atrevida como nos nossos primeiros tempos?

Quem sabe faltou falar, falar, falar, não no cotidiano, nos filhos, nas contas, mas em nós — porque uma relação de amor mesmo num velho casamento é uma construção que não cessa?

Não saberei, mas o rancor se abrandava em mim quando penso que tudo tem seu outro lado, e o pai de meus filhos tinha o seu, que nunca alcancei nem tentei descobrir porque estava construindo uma felicidade que achava ser possível se a gente procurasse, se a gente fizesse tudo certo.

A gente era só eu?

Não passávamos de sombras que vagam.

*

(A onda definitiva acumula energia como um tigre à espreita no nevoeiro, na frente do hospital. Alguém com nome de flor boia na superfície antes de afundar em rodopios de bailarina.)

*

Dália e nossa mãe moravam no apartamento que Vovina tinha lhes deixado, a casa da minha infância fora vendida, tudo era mais prático assim. Eu às vezes tentava organizar um pouco o cotidiano delas, a vida, o dinheiro, mas apesar de seus desatinos Dália tomava conta de tudo, nada a fazer. E com ela eu não me encontrava.

Nossa mãe morreu depois de uma breve doença, durante a qual cuidei muito mais dela do que minha irmã, ausente ou trancada no quarto. Não quis deparar com ela nem no

velório, assim fomos em horas diferentes, e ao enterro eu não fui. Minha mãe continuava, na morte, com os cantos da boca baixados num ar de ressentimento pelo que a vida lhe tinha feito.

No velório uma vizinha que seguidamente tinha lhe feito companhia me confidenciou que até o fim minha mãe tinha guardado no armário algumas roupas de meu pai e, embaixo da cama, seu pobre par de chinelos velhos.

— Como ela o amava — comentou, olhos marejados. — Deve ter sido uma mulher muito dedicada.

Senti por minha mãe morta uma ternura triste, como a menininha que adorava aquela mãe bonita, queria agradar, queria ser a mais amada, a escolhida — e não era. Tive muita culpa por não ter percebido nela um amor talvez áspero, mas amor.

Como sempre quando alguém morre, era tarde demais.

*

Ao contrário do que as pessoas pensam, uma história não precisa ter começo, meio e fim. Como a vida, as histórias têm idas e vindas e voltas e imprevistos.

Antes mesmo de abrir os olhos e tomar consciência total de que acordei, em muitas manhãs eu sei que o tigre abriu seus olhos, naquele azul-claro de lasca de porcelana, e me observa.

Se eu hoje andar na praia, é possível que, se eu me virar, ele esteja me seguindo de longe. Difícil de ser distinguido naquele jogo de cores e luzes ou sombras, com seu pelo listrado.

(O meu tigre também nada no mar: o meu tigre é assim.)

*

Nas noites do meu desespero convoquei em vão aquela que eu era antes de tudo se dilacerar. Dolores, Dolores, outra parte de mim, se você ainda está ali venha e me ajude. Você que não acredita em nada, não espera nada de ninguém, por isso não sofre, me ensina como se faz. Eu te chamo, volta, volta, me dá o voo, me dá o sonho, me devolve a fantasia de uma vida possível.

Ela, apagada agora, continua se divertindo comigo, com tudo — ou também sangra no escuro sozinha quando todos os brilhos se apagam e só lhe resta a mesma noite minha?

*

Tenho uma grande urgência de voltar: não para a casa que foi minha com marido e meninos, não para a casa de meus pais com poucas árvores no fundo do quintal, mas para a casa de Vovinha onde sempre me senti querida, confortada, e ninguém me achava esquisita por causa de meus devaneios ou minha perninha curta.

— Vovô, vamos nadar até o farol? — perguntou a menina que fui.

Ele deu grandes risadas:

— Não, maluquinha, até lá nem eu quando era moço e forte, e bom nadador, consegui chegar.

Ainda sou boa nadadora. Posso tentar nadar até a ilha, e no meio do caminho deixar que me levem as águas misericordiosas.

Mas não, ainda não.

Nem eu sei bem por quê, mas ainda não.

*

Um homem caminha na praia e imagina que está num barco ao embalo daquela respiração profunda.

Um homem tentou construir uma vida mas ergueu sua torre de solidão.

Uma mulher caminha na praia, tem uma perna mais curta do que a outra, mas mesmo assim avança.

Uma criança inventa uma existência no espelho, porque na miragem se sente mais inteira.

Qualquer pessoa tem a sua história, muitas histórias, mas em geral nunca saberá disso, apenas segue o movimento do tempo e se anestesia tentando ser normal, ser positiva, ser útil, ou ser banal — que alívio ser apenas tranquilamente comum.

*

Quando chego em casa largo a bolsa, ligo a televisão sem olhar, preparo jantar para uma pessoa só, vou para uma cama fria lembrando de quando alguém, ao meu lado, anos e anos e vidas, respirava, ressonava, encostava em mim mesmo quando o fervor sensual tinha acabado mas ainda era bom estarmos ali. Murmurava qualquer coisa dormindo, e me dava aquela infinita sensação de que tudo estava certo. De que tudo era confiável.

E não importavam meu jeito, meu defeito, todo o imperfeito em mim se anulava — era tudo doce por algumas horas.

*

Vovinha me ensinou que tudo tem alma, também os objetos, a natureza. A alma das cadeiras era paciente mas rígida. A das poltronas e sofás era gorda e acolhedora. A alma das cortinas era de nevoeiro, a alma das árvores era o rumor do vento, a das lajes era a batida da chuva.

A alma do mar eram as muitas almas dos afogados, bocas abertas soltando bolhas de espanto, onde estamos, por que ninguém vem nos buscar?

O corredor da casa tinha uma alma enigmática, nunca se sabia o que vagava por ele quando todos dormiam; a alma do jardim eram as grandes magnólias florescendo no inverno, conchas de perfume.

E a minha alma?

Eu, menina complicada mas querendo alegria e amor, com meus sonhos e visões, quem era? Dôda que não era Dolores livre no espelho, mas carne e osso e sofrimento tanto? Ou eu seria só esse corpo desajeitado e dolorido que meu homem amado trocava pelo corpo ainda atraente de minha irmã Dália, a que tinha me feito aquela revelação anos atrás: minha perna defeituosa me concedeu algum tipo de alforria — e agora me roubava o marido, a confiança, a ordem duramente conquistada, a esperança mais que a vida?

Talvez eu tivesse sido a alma da minha árvore dos sonhos, que deve ter sido derrubada dando lugar a um edifício.

*

Meio oculto nas espumas um tigre é incrivelmente perigoso e sedutor. Atrás dele, que cortejo de rostos, de prantos, de delírios, que dor? A majestade dele vara minha alma, fala de inevitabilidade e destino. De decisões nebulosas porque a gente não sabia de nada. Um tiro contra o teto, um anel quebrado, amores perdidos, traição.

Ele espia na sombra, levanta a cabeça poderosa, me encara com seus olhos tão azuis, e diz:

— Vem, vem, vem! Eu te acolho, eu te entendo, eu tenho o remédio final para tudo.

Mas apesar de toda a tristeza eu finjo que não ouvi.

Ainda não, ainda não.

Pois ainda existe a vida.

Nos labirintos em que me perdi e me achei, e tropecei e caminhei de novo, aprendi que ela sob outras formas e figuras quer existir. Reuni em mim as duas que fomos ou que sempre fui, pois todos somos vários, somos muitos. Eu me tornei ela, e a realidade do espelho transbordou aqui para fora.

*

Meus dois filhos se casaram: um não me parece feliz, não teve filhos e logo se separou. Mora sozinho, seguidamente me visita, conversamos sobre muitas coisas, rimos juntos, nos emocionamos. Somos amigos.

Nunca falamos da sua vida pessoal. Mas ele sabe que estou aqui.

O outro me deu três netinhos: dois meninos barulhentos e alegres, e uma menina com o mesmo cabelo ruivo escuro que eu tive um dia. São crianças de uma casa onde reina mais amor do que discórdia, mais alegria que rancor ou sombra. Onde por mais difícil que seja se constrói uma vida.

Nenhuma dessas crianças tem defeito, mas belos pares de olhos atentos e perninhas retas e rijas. O bom aqui no dito real ainda acontece, e dá significado ao que por algum tempo me pareceu não ter nenhum.

— Não tem de querer entender as coisas — sentenciaria minha avó, para quem cotidiano e mistério eram o mesmo difuso território.

Eu hoje responderia:

— Pode ser. Porque a gente nunca sabe tudo, por isso não sabe o que escolher. E não saber pode ser o melhor de tudo.

Talvez eu consiga me descobrir ou me reencontrar em tantos desenhos que esbocei de mim mesma e neles exista algo sólido em que se possa confiar.

Vou reformar a Casa do Mar, que começa a adernar feito um velho barco. Lá vejo as crianças brincando com velhíssimas conchas num grande cesto no canto da sala, ou com máscaras trazidas de muito longe por um marinheiro que me disse que sereias não precisam de pernas.

Quero manter aquele lugar onde me senti feliz nas horas da inocência, de onde enxergo um velho farol que devagar vai entortando, numa ilha que já não precisa de faroleiro. Hoje pouco se fala nele, mas há quem diga que em noites muito escuras se enxerga luz atrás das janelas da casinhola quase em ruínas.

*

Num desses fins de semana minha netinha me chamou:

— Vovó, vovó, vem ver uma coisa, vem logo!

Eu estava preparando a mesa do café da manhã, mas fui ver o que era. A criança apontava encantada para o degrau de cima da escadinha que leva da varanda ao gramado entre a casa e a areia:

— Olha, vovó, olha as conchinhas que eu achei, alguém deixou durante a noite!

Cheguei perto e olhei, sabendo antecipadamente o que eram: conchas bem pequenas arrumadas em formato de peixe.

— Que lindo — eu disse. — Vai ver alguém deixou aí para você brincar. Bota um grãozinho de feijão no lugar do olho, e fica perfeito!

Depois voltei para essas coisas bem cotidianas que conferem alguma normalidade a estes tempos de dúvida, em que não sei a quem devo perdoar, ou anistiar, a começar por mim mesma. Meu ex-marido, esse eu sei que, por enquanto, não posso readmitir entre os meus afetos, nem mesmo distantes.

Meus filhos dizem que ele gostaria de me ver.

Quer falar comigo.

— Falar o quê? Não temos nada que falar. Separados, divorciados, fim da história.

— Mas mãe, falar não custa nada.

— Custa, ah sim. Pode custar uma vida.

Eles não insistiram.

*

Talvez eu não precise saber o que fazer.

Talvez não haja nada para ser entendido.

O mar vai e vem, e vem e vai, e no seu tumulto permanece, enquanto nós humanos lutamos, queremos descobrir, achamos que sabemos — e a um embate de água e espuma tudo se desmancha como se nem tivesse existido. Castelos de areia, bichos formados com conchas e ilusão.

Como dizia a minha Vovinha, isso de realidade é bobagem: cada um inventa a sua, o avesso pode ser o certo, no espelho pode estar a vida, e tudo aqui fora ser um sonho.

*

(Nada mais goteja. Nada se move, nem um tremer de cílios.

A morte mistura em sua boca sem dentes alegrias e dores; anula o esforço das ondas; traz à tona um outro respirar muito mais profundo, quase imperceptível mas imperioso.

Ele vai prevalecer.)

*

Toda a história humana é complicada.

Nenhuma termina:

as ondas do mar são sempre

as mesmas águas.

*

O paraíso é duro de ser transitado.

As respostas não têm importância.

O amor é difícil — às vezes chega tarde.

*

Nenhum tigre tem olhos azuis.

6.4. Traducción del capítulo seleccionado (ES) – El tigre espera

En el espacio entre mí y la seducción del mar

ni avanzo ni me quedo: escucho.

Cuando tengo que decidir, espero:

la elección puede ser la muerte

y aún no quiero suicidarme.

En el espacio entre mí y el todo, un fino espejo.

Vivo a ambos lados: de tal forma

no pertenezco a ninguno.

No se tiene en cuenta el color de los ojos

ni las fechas ni el perfil:

lo que importa son las preguntas.

(No saber es mejor que saber).

Cuando creí estar haciendo aquello que era correcto y bueno (porque no tenía ni idea de nada), por ejemplo, cuando conducía, estudiaba casos en el despacho o guardaba la ropa en el armario, me sorprendía a mí misma con fantasías que parecían recuerdos reales, como los de aquellas personas dispersas que una vez habían sido importantes y después olvidadas. O tal vez se confundían con experiencias que sí eran reales.

(Vovina decía que era lo mismo).

En ellas aparecían mis alegres y ruidosos tíos, la tía Carola con su novia, mi padre con su melancolía y sus secretos, el olor ocasional de la bebida y sus arrebatos, Dolores la del espejo, los momentos felices con Dalia antes de que los dedos del pequeño cíclope le desgarraran el alma y todo se viniera abajo.

— El destino ha sido muy duro con ella, Vovina —comenté una vez en la playa—, después de librarse del tormento que era nuestra madre, tuvo que vivir tal horror.

— El destino no existe, hija mía —sentenció Vovina—. Son las elecciones que tomamos. Elecciones y más elecciones.

— Pero, Vovina, eso fue una desgracia, nadie elige tener un bebé deforme.

Lo pensó un momento y concluyó:

— A veces las desgracias nos eligen a nosotros.

*

Durante ese tiempo en el que se va madurando, que pueden ser los años dorados o los años de plomo, decidí desenredar aquel revoltijo de alegría, dolor, sustos y miedo. Cuando solo quería fingir por fuera, mis pensamientos se colaron detrás de la máscara ya conocida, y pensé:

— ¿De qué me quejo? He construido con esta arcilla, tejido con estos hilos, bordado, pintado, esculpido con dolor y éxtasis, con el trabajo de las horas de toda una vida.

Esta soy yo: Dôda.

Yo elegí ser esa.

Pero en mis fantasías a veces quiero volver a ser Dolores, el desencuentro, la desdicha, el transverso o el revés. La mentira más real que la verdad.

Antes de que lleguen otros tiempos, unos mejores que los actuales, dudo. Siempre lo he hecho durante mi infancia y juventud, hasta acomodarme en lo que llamaban una existencia apacible y útil, con una rutina correcta y emociones tranquilas. Mi mayor agitación era la cena de los niños, el boletín de notas del colegio, el examen de acceso a la universidad, el miedo a las drogas, a los accidentes de coche; todas esas cosas que atormentan a una madre. Mi marido queriendo jubilarse, yo aun disfrutando de mi trabajo: amor y odio, uniones y separaciones, dolor, frustración, deseo de venganza, crueldades de las que en tiempos normales esas personas nunca habrían sido capaces.

*

Hora tenebrosa.

Después de tantos años que yo consideraba buenos, en los que me sentí segura, querida, valorada y en los que no necesité mis viejas fantasías para poder vivir, descubrí que mi marido estaba teniendo una aventura.

¿Cómo darse cuenta de que el aburrimiento también ha vencido a la otra persona, que le ha dominado y asustado, que él, al igual que todos, necesita alegría o delirio? Aunque todos lo necesitamos, los demás nos controlamos, nos sobreponemos, nos sublimamos, ¿cómo entender que él no? Lo supe por indirectas, miradas, comentarios de otras personas, o por olores, ausencias, una forma completamente diferente de mirarme, como si temiera ser descubierto.

De repente ya no era mi marido, mi compañero de tantos años, el padre de mis hijos, él.

Era otra persona.

Dentro de él estaba en ebullición otro hombre, y no era por mí. Pero, una vez más, no quise ver.

Me negué a saber.

Alguien (siempre hay alguien) en el trabajo mencionó que había visto a mi marido con otra mujer. En un bar, en un restaurante, en una esquina.

Entrando en un hotel.

— Pero él no va a bares, y a restaurantes solo a veces y conmigo, ¡como mucho! — respondí, fingiendo que me hacía gracia. Me estaban mirando con lástima.

La semilla de la sospecha había sido sembrada, cobraba vida y crecía en mi interior el gusanillo de la sospecha. Hice lo que tantas mujeres a las que trataba en mi despacho hacían cuando sospechaban: registré su maletín, sus cajones, su móvil cuando estaba en la ducha, olisqueé su ropa, le escuché desde el teléfono supletorio cuando estaba hablando por el fijo, y no sentí la más mínima vergüenza por ello.

Un día le pregunté:

— ¿De quién es ese número que aparece tantas veces en tu lista de llamadas?

— ¿Estás registrando mis cosas? —preguntó, desviando la mirada con nerviosismo.

— No. Me había dejado el móvil en el trabajo y cogí el tuyo para hacer una llamada.

Me dio una respuesta cualquiera, era mentira, sentí que era mentira, lo juraría por mis hijos. Le seguí insistiendo, empezaba a desesperarme. Como todos, como siempre, lo negó con firmeza: «estás loca».

Yo, loca, llamé a nuestros hijos, a quienes él les dijo con aire divertido y cómplice, como sucede entre hombres:

— Vuestra madre está desvariando. Ya se le pasará. Todas se ponen así, son las hormonas, la menopausia.

Al principio a ellos también les pareció gracioso. Eran buenos chicos, querían a su madre y a su padre. Y vinieron a hablar conmigo:

— Piénsalo bien, mamá, papá se está haciendo viejo, está tranquilo, no te engañó ni cuando era joven, estamos seguros. ¡No te imagines cosas!

*

Lo que estaba clavado en mí, lo que me atravesó y ya nunca volvería a salir, me dejó una herida abierta de la que rezumaba sangre y suciedad cada vez que me acordaba. Pensaría en ello continuamente durante mucho tiempo.

La otra no era una desconocida. No fue algo casual, lo cual también me habría partido por la mitad. No era algo que pudiera atribuir a una crisis, algo que pudiera fingir que ignoraba, algo por lo que pudiera llorar y después olvidar.

La otra, la amante de mi marido tenía nombre de flor: la irreverente, la perdida, mi protectora durante la infancia, mi ídolo de adolescente, mi preocupación todos los años siguientes. Fue fácil descubrirlo, la verdad vino a mí, me atacó como una serpiente deseosa de envenenarme.

Dalia estaba borracha cuando me llamó con esa voz pastosa que tanto me asustaba:

— Tonta, eres tan estirada, siempre creyéndote la mejor. Deberías saber que esta tarde he pasado dos horas con tu marido.

No entendí, pregunté «¿qué?, ¿qué?». Ella repitió sin cortarse:

— Hoy he estado en la cama con tu marido. Dos horas. Casi toda la tarde.

Colgué. Era lo último que me faltaba. Borracha otra vez, o drogada, la idea era tan absurda que casi me dio la risa. Fui a preparar la cena, sin embargo, una fiebre maligna corría por mi sangre.

Dalia volvió a llamar. Esta vez la escuché y no la colgué. El dolor y la rabia crecían en mí como crece la marea; imparable.

Entonces le dije:

— Me tienes envidia, Dalia, a mí todo me va bien; mi casa, mis hijos, mi marido... A pesar de mi defecto, lo he conseguido todo. Y tú, que eras preciosa, envidiada y amada, mira

en lo que te has convertido. Ningún hombre decente te querría hoy, solo esos chicos jóvenes con los que te juntas y a los que pagas.

Lo dije arrepintiéndome al momento de mi crueldad y aún sin querer creer a mi hermana. Sin embargo, mi hermana me describió diabólicamente un detalle de la intimidad de mi marido que solo yo en todo el mundo podía conocer.

Toda mi vida, organizada, cumplida, construida, se vino abajo. Desde todos los espejos del mundo se escucharon risas que parecían cacareos. Una alta torre de piedra cayó encima de mí, oí cómo se aplastaban mis huesos. Aquella ola era demasiado poderosa, no podía encogerme y esperar a que pasara: me llevaría hasta el fondo, me restregaría contra la arena, me arrojaría a la playa despellejada y casi muerta.

Solté el teléfono, me senté en el suelo y lloré desconsoladamente como un niño herido, hasta quedar exhausta.

Sabiendo que no serviría de nada.

Sabiendo que era verdad.

Sabiendo que nunca había sabido nada.

Cuando llegaron mis hijos, no había cena ni luces encendidas. Me preguntaron, asustados: «Mamá, ¿estás bien? ¿Te has caído? ¿Estás enferma?»

Pero yo me quedé ahí sentada, en las baldosas de la cocina, y no les expliqué nada. Solo quería morirme.

*

Cuando mi marido entró en casa lo solté todo.

Me levanté del suelo, despeinada y descompuesta, y allí mismo, delante de nuestros hijos que entraban corriendo, entre ollas y platos y cubiertos y todas las cosas más tangibles y familiares de mi vida, grité, jadeé, gemí, recordé la agonía de mi madre aferrada a su marido muerto, tal vez tardíamente amado.

Traté de aferrarme a mi vida muerta, a mi ilusión, a mi coraje, a lo mejor de mí, pero había muerto. El hombre al que yo amaba y mi hermana lo habían escupido, lo habían

cubierto de orina y heces y monstruosidades. Fui vulgar, grité cosas horribles, acusé, no me importaba si era justa o injusta, estaba herida de muerte.

Ningún insulto bastaría para cubrir aquel oprobio, acostarse con mi hermana y volver a nuestra cama.

*

Los días siguientes siguió intentando negarlo. Mintió de forma insistente, pero su mirada ya no era sincera, mentía con nerviosismo. Yo quería, deseaba fervientemente, creer que por su parte todo había sido un error poco meditado, que ella le había tentado para que se embarcara en esta aventura, una aventura que acabaría mal y tras la que nuestra vida seguiría como antes. O tal vez todo era una invención de mi hermana, una sospecha infundada mía, quién sabe, quién sabe.

No tengo forma de describir el vacío que se abría ante mí, dentro de mí, un ir y venir de dudas, un tumulto de sentimientos, una especie de locura.

Durante varios días dimos mucha lástima, los dos trastornados, pero finalmente dejó de negarlo y, sin dar explicaciones, se marchó. Como si llevara años esperando esa oportunidad de cambiar, de vivir, cogió sus cosas y encargó que fueran a por las que quedaron, ni siquiera vi cuándo se despidió de nuestros espantados hijos, pero ya eran mayores y pronto comenzarían también a vivir sus propias vidas.

Me vi a mí misma como a una de esas mujeres llenas de odio que hacían todo lo posible por destruir al hombre que un día habían amado, con el que habían construido una vida, y que ahora no querían dejar marchar, a pesar de que el matrimonio hubiera terminado. Al final, el marido, cansado de discutir o de fingir, terminaba yéndose.

— Comparto mi cama con otra, ¡pero nunca me voy a divorciar! —me habían dicho más de una vez en mi despacho.

Pero para él ya no había negociación, ya estaba lejos, ya estaba distraído.

Mis hijos, como los hijos de aquellos matrimonios, no tenían la culpa de nada, no debían pagar el precio de unos errores que eran nuestros.

¿O míos?

¿Por qué de repente un hombre que es bueno busca amor, sexo y calor fuera de casa?
¿Por qué de repente se convierte en un canalla? ¿O por qué lo que me servía a mí le
hacía infeliz a él y nunca lo hablamos? ¿Es por cosas de las que ni siquiera me di cuenta,
momentos que ignoré, preguntas que no respondí porque no las aprecié? ¿Es porque
estaba ocupada, distraída? ¿Es porque no estuve ahí?

¿O es que había sido siempre la elección equivocada, equivocada para los dos, pero no
nos habíamos dado cuenta?

*

Mi fiel compañero en aquel momento era el dolor del alma, mucho más cruel que el
típico dolor físico, este era completamente nuevo y yo no sabía qué hacer. El dolor de
ser traicionada por las personas más cercanas a mí, que mejor me conocían, que debían
quererme y cuidarme como yo las cuidaba a ellas... El dolor. Dudas, acusaciones,
preguntas sobre mí misma, y nunca poder llegar a ninguna conclusión porque estaba
demasiado alterada para ello.

Fases terribles, fases soportables. La vida cotidiana me reclamaba, tenía obligaciones, la
casa no podía venirse abajo, estaba mi trabajo, mis hijos, ya hombres, que aún vivían
conmigo.

Ni siquiera tenía a Dalia, la traidora, para llamarla, ni a Vovina para decirle: «Me muero
de sufrimiento, ayúdame», ya que Vovina también había muerto. La criada que ahora
vivía en casa se había despertado una mañana y la había encontrado en el sofá del salón,
envuelta en su chal más bonito.

Vovina se había arreglado para encontrarse con su marinero. Y se había ido.

*

Las personas mueren demasiado.

La muerte: lo que te hace. Te arranca las entrañas, te deja vacía, por dentro solo una
herida abierta, las mucosas inflamadas y sucias. Te ves obligada a arrastrarte por un
mundo irreal, cuando en realidad te gustaría quedarte en la cama. La gente llega, habla,

te toca, dice cosas sin sentido, lo mismo de siempre: «reacciona», «la vida sigue», «el mundo no se ha acabado» o «ellos querrían que siguieras con tu vida».

Se van. Pero alguien se queda, ¿teme que te mates? ¿Se llevan la llave de la habitación para que no te suicides?

Al cabo de un tiempo tienes que fingir que eres casi normal, que tus tripas, tu corazón y tu cerebro vuelven a estar en su sitio. Pero es mentira. El dolor no cesa, ni siquiera cuando duermes. El sueño lo minimiza, sueños tan reales de la persona que has perdido. Al despertar se reanuda la tortura, la primera sensación, oír un coche fuera, alguien hablando en el salón, en voz baja para que no te alteres y sigas durmiendo. Ser viuda, huérfano, haber perdido a tu hijo; todo duele menos, te preocupa menos, cuando duermes.

Entonces sales lentamente de las cálidas aguas del sueño, o del fondo de un pozo, y de repente la realidad te golpea como un sol cegando tus retinas: él está muerto. Ella está muerta.

La muerte es una traición.

El corazón, el estómago, las tripas, todo se retuerce. Te retuerces como un gusano arrojado sobre una losa caliente al sol.

Las personas mueren demasiado y de muchas maneras distintas.

Se fue, se fueron. «Nunca más». Nunca más ese rostro, voz, olor, tacto, risa, llanto. Nunca más ese amor, preocupación, discusiones. Nunca más.

Vacío. Vacío. Vacío. Cuando los espejos se quedan ciegos porque tú has perdido el alma por el lado de las sombras. Con una última esperanza de que sea mentira, abres los ojos, dices algo, llamas a alguien. Entran en la habitación con esa mirada ansiosa y compasiva. Pero nunca es el que murió o el que te traicionó.

Entonces sabes que sí, estás siendo castigada, estás en la oscuridad, estás en la nada.

*

Dalia, con su cuerpo fuerte y sus piernas uniformes, ¿cómo no me di cuenta ni sospeché nada? A pesar de su edad, llegaba con vestidos vulgares y faldas cortas que no paraba de bajarse. ¿Era por falso pudor o para provocar más?

— ¡Qué anticuada eres, hermana! —decía cuando yo hacía algún comentario.

¿Vi alguna mirada pícara de mi marido hacia ella? ¿Había habido algún susurro, gestos entre ellos dos de los que yo, preocupada por mis propias cosas, nunca me había percatado?

Seguramente era lejos de mí donde ellos se veían, quizás se consolaban, ella por pequeño bebé monstruoso que no la soltaba, él por la mujer convencional, aburrida y asimétrica que la vida le había destinado. Les deseé todo el mal del mundo, me sentí peor que la más vengativa de mis clientas. Maquinaba maldades, a veces esperaba que todo hubiera sido un loco error, que todo se explicaría, que todo volvería a ser como antes.

Pero quién podía darme eso, mi puerto falsamente seguro ya no existía: el que había dormido a mi lado durante años, me acogía en sus brazos, me calmaba cuando estaba nerviosa, se reía de mí cuando me creía vieja, y coja, y fea, y me abrazaba diciéndome «ven aquí, eres mi niña, la de siempre». Aquel en el que había confiado ciegamente ahora estaba durmiendo y ardiendo con otra mujer en otra cama y esa mujer era mi hermana.

*

(Las gotas que mantienen lo poco que queda de vida caen como lluvia fina y lenta. Nada se mueve en los rincones de la habitación, pero sé que algo allí está esperando su turno, lamiéndose los labios).

*

No volvimos a vernos. Me enviaba dinero regularmente para nuestros hijos, aunque yo no lo necesitara, quedaba a menudo con ellos y se acostaba con Dalia. Confianza, entrega, acogida, hipocresía, crueldad, traición. La infeliz trama que tantas veces se había desarrollado en mi despacho, que se había grabado en los papeles y que me

terminaba espantando o entristeciendo. Pobres de nosotros. Pobre gente, extrañas aflicciones humanas. Ahora esa trama era mi propia historia y yo, el torpe personaje.

¿Estarían los dos felices, alegres, serenos en su casi vejez? ¿Delirarían, serían sensuales, se reirían de mí cuando se excitaran, harían planes, tendrían un futuro que yo ya no tenía?

Nunca lo supe. Deseaba fervientemente no saberlo. Recé por todas las maldiciones, inventé y quise aplicar todas las torturas, deseé todo tipo de males para ellos, sabiendo que no serviría de nada.

Y así conocí una muerte superior.

Era como si todos los espejos del mundo estuvieran cubiertos de paneles oscuros: un luto universal.

Ahora yo no era nadie, ni siquiera una imaginación.

*

No fue simple, no fue fácil, tampoco me ofrecerían la posibilidad de transformarme en una nube, en un espectro o en una cosita escondida detrás de un espejo mágico. No podría corretear como una niña por un bosque acogedor o nadar desnuda en un mar sensual imaginario. Tenía que afrontarlo.

La vida seguía con sus pequeñas molestias y obligaciones, las facturas, las dudas y las deudas, y las pequeñas satisfacciones que poco a poco iban volviendo. Planear la comida de mis hijos con la criada, colocar su ropa y sorprenderme al ver una camisa del traidor en el armario, enterrar la cara en ella y aspirar el olor familiar que tanto me había gustado, que me tranquilizaba y que aún despertaba en mí, después de muchos años, una sensualidad que creía perdida.

Me costó recuperarme. Algunas amigas o compañeras de trabajo venían, me animaban, se sentaban conmigo, era un luto, un velatorio: algo que existía más allá de la forma en que yo me conocía o imaginaba había acabado.

Durante esa fase retomé mi antigua relación con los libros, el salón estaba lleno de ellos, muchos me los llevaba a la Casa del Mar, donde seguía pasando los fines de semana. A

veces los chicos traían a algún amigo o a sus novias. Y me encariñé aún más del mar, me sentaba en la roca más alta y me perdía en la contemplación de aquel eterno movimiento:

— Es la respiración del mar —decía mi abuelo—. La respiración del mundo.

El flujo de la vida es singularmente persistente: esa voz que llama y llama, y no solo viene de las sombras sino de una pequeña franja al horizonte.

Sin darme cuenta, con mucho, mucho tiempo me fui recomponiendo.

*

Dalia y mi marido no siguieron juntos. No quise saber qué le deparó el destino a él. Cuando alguno de mis hijos intenta contármelo, le digo que no quiero saber nada.

— Para mí, tu padre está muerto. Respeta eso.

Ellos lo respetaban.

Tuve vagas noticias de Dalia, envejece con tristeza, siempre con algún chico joven a su lado. Vive con nuestra madre que todavía la idolatra y disculpa.

A Dalia no le importa nada.

Y a mí no me importa ella.

Mucho. He cambiado mucho.

Estoy cambiando.

Mi pierna volvió a incomodarme. O tal vez es que yo volví a prestarle atención.

Evito mirarme más de la cuenta en el espejo.

*

Las mujeres ahogadas se mueven en lo alto, con los pies enredados en las algas y de sus bocas abiertas salen burbujas como palabras. ¿Como besos? De sus ojos brotan lágrimas que crean el agua salada, lo leí en algún poema perdido en mi memoria. Ni los sueños ni el pasado me ayudarán.

¿La realidad no existe, Vovina?

La Casa del Mar existe, perdura, a veces me quedo allí unos días. Nunca volví a escuchar las voces que me hablaban cuando no podía dormir. Sin embargo, las penas y los recuerdos hablan sin parar. Se mueven por los rincones, por las habitaciones, por el pequeño jardín descuidado que hay detrás de la casa. Penas del presente y figuras del pasado, rompecabezas que nunca podré resolver, todo inconexo, piezas que flotan como globos sin rumbo.

Quizá el mundo real era aquel en el que creé a Dolores. Los demás, los de fuera, los de la vida, solo imitan sus gestos, emociones y pensamientos, y agitan los brazos y las piernas según el dibujo que uno esboza.

*

¿Qué diría mi exmarido si le propusiera que viniera aquí a hablar? ¿Que la vida era demasiado poco interesante?

Que yo me centraba demasiado en lo cotidiano y que a él le habría gustado alguien más soñador, más misterioso, un poco menos banal, aunque él siempre decía que era un hombre banal y que le gustaba lo sencillo y sin complicaciones.

¿Quizás ese enfriamiento del fervor en nuestra intimidad no era natural, normal en una relación larga, y él echaba de menos la que yo era al principio, más sensual, más atrevida como en nuestros primeros días?

¿Quizás nos hizo faltar hablar, hablar, hablar, no de la vida cotidiana, ni de nuestros hijos, ni de las facturas, sino de nosotros, porque una relación amorosa, incluso en un matrimonio largo, es una construcción que nunca se detiene?

Nunca lo sabré, pero mi rencor se calma cuando pienso que todo tiene una segunda perspectiva, y el padre de mis hijos tenía la suya. Una perspectiva que yo nunca conocí, ni intenté descubrir, ya que estaba ocupada construyendo una felicidad que creía posible de alcanzar si todos la buscábamos, si todos hacíamos siempre lo que se suponía que era «correcto».

¿«Todos» era solo yo?

No éramos más que sombras errantes.

*

(La ola final acumula energía, como el tigre que acecha en la niebla, frente al hospital. Alguien con nombre de flor flota en la superficie antes de hundirse, girando como una bailarina).

*

Dalia y nuestra madre vivían en el piso que Vovina les había dejado, la casa de mi infancia se había vendido, todo era más práctico así. Yo a veces intentaba ayudarlas a organizar un poco su día a día, su vida, su dinero, pero a pesar de sus locuras, Dalia se ocupaba de todo, yo no tenía nada que hacer. Y yo con ella no me cruzaba.

Nuestra madre murió tras una breve enfermedad, durante la cual yo me ocupé de ella mucho más que mi hermana, que siempre estaba ausente o encerrada en su habitación. No quise encontrarme con ella ni siquiera en el velatorio, así que fuimos a distintas horas, y yo no fui al entierro. En la muerte, mi madre aún tenía las comisuras de los labios hacia abajo, con aire de resentimiento por lo que la vida le había hecho.

En el velatorio, una vecina que a menudo le había hecho compañía me confesó que, hasta el final, mi madre había guardado en el armario algunas prendas de mi padre y, debajo de la cama, su pobre y viejo par de zapatillas.

— Cómo le quería —dijo con los ojos llorosos—. Debió ser una mujer muy entregada.

Sentí una ternura triste por mi madre muerta, como la niña pequeña que adoraba a su preciosa madre, que quería complacerla, ser la más querida, la elegida, pero no lo era. Me sentí muy culpable por no haber sabido ver en ella ese amor, tal vez duro, pero amor, al fin y al cabo.

Como siempre que muere alguien, ya era demasiado tarde.

*

Al contrario de lo que la gente cree, una historia no tiene por qué tener introducción, nudo y desenlace. Como la vida, las historias tienen idas y venidas, giros inesperados.

Antes incluso de que haya abierto los ojos y sea plenamente consciente de que estoy despierta, muchas mañanas sé que el tigre ya ha despertado y que me observa con esa mirada azul clara de lasca de porcelana.

Si hoy voy a caminar por la playa, es posible que, al darme la vuelta, me lo encuentre siguiéndome desde la lejanía. Es difícil distinguirlo entre ese juego de colores y luces o sombras, con su pelaje a rayas.

(Mi tigre también nada en el mar: así es mi tigre).

*

En las noches de mi desesperación, llamé en vano a la que era antes de que todo se hiciera pedazos. «Dolores, Dolores, esa otra parte de mí, si aún estás ahí, ven a ayudarme. Tú que no crees en nada, que no esperas nada de nadie y que gracias a eso no sufres, enséñame cómo se hace. Te llamo, vuelve, vuelve, concédeme el vuelo, concédeme el sueño, devuélveme la fantasía de una vida posible».

¿Ella, desvanecida ahora, sigue divirtiéndose conmigo, con todo, o también se desangra sola en la oscuridad cuando todas las luces se apagan y solo le queda la misma noche mía?

*

Necesito urgentemente volver. No a la casa que fue mía con mi marido y mis hijos, no a la casa de mis padres con unos cuantos árboles al fondo del patio, sino a casa de Vovina, donde siempre me sentí querida, reconfortada, y nadie pensó que era rara por mis ensoñaciones o mi pierna corta.

— Abuelo, ¿vamos a nadar hasta el faro? —preguntó la niña que un día fui.

Él se rio a carcajadas:

— No, loca, ni siquiera yo cuando era joven, fuerte y buen nadador conseguí llegar hasta ahí.

Yo sigo siendo una buena nadadora. Puedo intentar nadar hasta la isla, y a mitad de camino dejar que las misericordiosas aguas me lleven.

Pero no, todavía no.

Ni siquiera estoy segura de por qué, pero todavía no.

*

Un hombre camina por la playa e imagina que está en un barco, conducido por esa profunda respiración.

Un hombre intentó construir una vida y terminó erigiendo la torre de su soledad.

Una mujer camina por la playa, tiene una pierna más corta que la otra, pero aun así avanza.

Una niña se inventa una vida en el espejo, porque en el reflejo se siente más completa.

Cada uno tiene su propia historia, muchas historias, pero una no se dará cuenta de eso, se limitará a dejar que pase el tiempo y a vivir anestesiada, tratando de ser normal, positiva, útil o banal. Qué alivio y tranquilidad el ser corriente.

*

Al llegar a casa, dejo el bolso, enciendo la televisión sin prestar atención a lo que veo, preparo cena para una sola persona y me meto en una fría cama, recordando cuando alguien, a mi lado, durante años y años y vidas, respiraba, roncaba y se apoyaba en mí, incluso cuando el fervor sensual se había apagado, pues, a pesar de eso, nos seguía gustando estar ahí. Él murmuraba algo en sueños y a mí me transmitía esa infinita sensación de que todo estaba bien. De que todo era seguro.

Y no importaba cómo fuera yo, ni mi defecto, pues toda imperfección en mí quedaba anulada; todo era dulce durante unas horas.

*

Vovina me enseñó que todo tiene alma, incluidos los objetos y la naturaleza. El alma de las sillas era paciente pero rígida. El alma de los sillones y sofás era grande y acogedora. El alma de las cortinas era nebulosa, la de los árboles era el rumor del viento y la de las baldosas era el murmullo de la lluvia.

El alma del mar eran las almas de todos los ahogados, que a través de sus bocas abiertas soltaban burbujas de espanto. «¿Dónde estamos?» «¿Por qué nadie viene a buscarnos?»

El pasillo de la casa tenía un alma enigmática, nunca se sabía qué vagaba por él cuando todos dormían; el alma del jardín eran las grandes magnolias florecidas en invierno, conchas de perfume.

¿Y mi alma?

¿Quién era yo? ¿Quién era esta chica complicada, deseosa de alegría y amor, con esos sueños y visiones? ¿Era Dôda? Que no la libre Dolores del espejo, sino la chica de carne y hueso con un terrible sufrimiento. ¿O era solo este cuerpo torpe y dolorido que mi amado hombre había cambiado por el cuerpo aún atractivo de mi hermana Dalia? Esa misma hermana que años atrás me había tratado de hacer ver que mi pierna defectuosa en realidad me concedía una especie de libertad. La misma hermana que ahora me robaba a mi marido, mi confianza, mi orden duramente ganado y mi esperanza, más que mi vida.

Tal vez yo era el alma del árbol de mis sueños, el que tuvo que ser talado para que se pudiera construir un edificio.

*

Semioculto entre la espuma, un tigre se muestra increíblemente peligroso y seductor. Tras él, qué desfile de rostros, lágrimas, delirio, dolor... Su majestuosidad me atraviesa el alma, habla de la inevitabilidad y del destino. De decisiones nebulosas porque no teníamos ni idea de nada. Un disparo al techo, un anillo roto, amores perdidos, traición.

Se asoma entre las sombras, levanta su poderosa cabeza, me mira fijamente con sus ojos azules y dice:

— ¡Ven, ven, ven! Te acojo, te comprendo, tengo el remedio final para todo.

Pero a pesar de toda la tristeza, hago como si no lo hubiera oído.

Todavía no, todavía no.

Porque aún hay vida.

En los laberintos en los que me he perdido y me he encontrado, y he tropezado y me he levantado, aprendí que la vida en otras formas y de otras maneras quiere existir. Junté en mí las dos que fuimos o que siempre he sido, porque todos somos varios, somos muchos. Me convertí en ella, y la realidad del espejo se trasladó hasta aquí afuera.

*

Mis dos hijos se casaron: uno no parece feliz, no tuvo hijos y pronto se separó. Vive solo, me visita a menudo, hablamos de muchas cosas, nos reímos juntos, nos emocionamos. Somos amigos.

Nunca hablamos de su vida personal. Pero sabe que estoy aquí.

El otro me ha dado tres nietitos: dos niños ruidosos y alegres y una niña con el mismo pelo rojo oscuro que yo una vez tuve. Son hijos de un hogar donde reina más el amor que la discordia, más la alegría que el rencor o la sombra. Donde, por difícil que sea, se construye una vida.

Ninguno de los niños tiene defectos, sino hermosos pares de ojos atentos y piernecitas rectas y robustas. Lo bueno aquí, en el mundo real, sigue ocurriendo, y da sentido a lo que durante un tiempo me pareció que no lo tenía.

— No hay que querer entender las cosas —decía mi abuela, para quien la vida cotidiana y el misterio eran el mismo territorio borroso.

Yo le respondería hoy:

— Tal vez. Porque nunca lo sabemos todo y por eso no sabemos qué elegir. Y no saber puede que sea lo mejor de todo.

Tal vez consiga descubrirme o redescubrirme en los muchos dibujos que he hecho de mí misma, puede que en ellos exista algo sólido en lo que pueda confiar.

Voy a renovar la Casa del Mar, que empieza a irse a la deriva como un viejo barco. En un rincón del salón veo a los niños jugando con unas conchas viejas que hay en una gran cesta. También juegan con unas máscaras traídas de muy lejos por un marinero, que me dijo que las sirenas no necesitan piernas.

Quiero conservar ese lugar donde me sentí feliz en mis horas de inocencia, donde puedo ver un viejo faro que poco a poco se va convirtiendo en una isla que ya no necesita farero. Hoy se habla poco de él, pero algunos dicen que en noches muy oscuras se puede ver luz tras las ventanas de aquella casita casi en ruinas.

*

Un fin de semana me llamó mi nietita:

— ¡Abuela, abuela, ven a ver una cosa, corre!

Yo estaba preparando la mesa para el desayuno, pero fui a ver qué pasaba. La niña señaló ilusionada el último peldaño de la escalerita que conducía desde el balcón al césped, que separaba la casa de la arena de la playa.

— Mira, abuela, mira las conchitas que he encontrado, ¡alguien las ha dejado aquí por la noche!

Me acerqué y miré, sabiendo de antemano lo que eran: unas conchas muy pequeñas colocadas formando un pez.

— Qué bonito —dije—. Igual alguien las ha dejado ahí para que puedas jugar con ellas. ¡Usa una alubia para ponerle un ojo al pez y quedará genial!

Después volví a esas cosas cotidianas que aportan cierta normalidad a estos momentos de duda, en los que no sé a quién debo perdonar o amnistiar, empezando por mí misma. A mi exmarido sé que, de momento, no puedo reintegrarlo entre mis afectos, ni siquiera a distancia.

Mis hijos dicen que le gustaría verme.

Quiere hablar conmigo.

— ¿Hablar de qué? No tenemos nada de qué hablar. Estamos separados, divorciados, fin de la historia.

— Pero mamá, hablar no cuesta nada.

— Sí cuesta. Claro que cuesta. Puede costar una vida.

No insistieron.

*

Quizá no necesite saber qué hacer.

Tal vez no haya nada que entender.

El mar va y viene, y viene y va, y en su agitación permanece, mientras, los humanos luchamos, queremos averiguar, creemos saber y, en el choque del agua y la espuma todo se deshace como si ni siquiera hubiera existido. Castillos de arena, animales formados con conchas e ilusión.

Como decía mi Vovina, eso de la realidad es una tontería: cada uno se inventa la suya, puede que el revés sea el lado correcto, puede que en el espejo esté la vida y que todo lo de aquí sea un sueño.

*

(Ya no gotea nada. Nada se mueve, ni siquiera un aleteo de pestañas.

La muerte mezcla alegrías y penas en su boca desdentada; anula el esfuerzo de las olas; saca otro aliento mucho más profundo, casi imperceptible pero imperioso.

Prevalecerá).

*

Toda historia humana es complicada.

Ninguna termina:

las olas del mar son siempre

las mismas aguas.

*

El paraíso es duro de atravesar.

Las respuestas no importan.

El amor es difícil, a veces llega tarde.

*

Ningún tigre tiene los ojos azules.